

LA MUERTE HELADA

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



LA MUERTE HELADA

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

464.— EL MONSTRUO DEL PLANETA NEGRO. — Ralph Barby.

465.—LA FERIA DE LAS ESTRELLAS. — Clark Carrados.

466. — ESCLAVOS DEL LOCO. — Ralph Barby.

467.— EL MUNDO DEL VIENTO COSMICO. — Curtis

Garland.

468.—LA DIOSA QUE LLEGO DE LAS ESTRELLAS. — Ralph Barby.

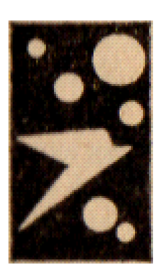
RALPH BARBY

LA MUERTE HELADA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 469

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 22.355 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain.

1ª edición: agosto, 1979

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El frío era intenso. Ráfagas de viento del noroeste cruzaban el campo de astronaves milicianas de la Confederación Terrícola.

El cielo era tan negro que nada se veía en él, ni sol, luna ni estrellas, nada. Era como si el planeta Tierra hubiera quedo envuelto por un tupido cortinaje que no dejaba pasar el más mínimo rayo de luz.

Ulises Borj tomó asiento en su nave de observación y combate y comprobó los controles del panel de mando. La modernísima astronave estaba lista para el despegue.

La Scorpio-111 era la astronave más avanzada que había conseguido construir la tecnología terrestre; rápida, ligera de peso, aerodinámica para navegar dentro de las atmósferas y con un gran radio de acción para poder viajar hasta otros planetas a altas velocidades.

—Mayor Ulises Borj solicita al centro de control permiso para despegar.

—Aquí centro de control a mayor Borj, permiso concedido.

Los motores de la astronave se pusieron en marcha y comenzó a desplazarse hacia la colina, pues la pendiente de despegue era ascendente y pronunciada, lo que obligaba a que los motores empujaran con fuerza para vencer a la gravedad.

Dejando una estela de fuego blanquísimo, la Scorpio-111 despegó por encima de la colina donde se hallaban los últimos focos de señalización. La proa de la nave arremetió contra aquel cielo negrísimo que envolvía al planeta Tierra.

Mientras, la Tierra sufría los rigores del inicio de glaciación, muy rápida, pues su proceso era acelerado por falta de luz solar.

Los científicos habían esperado que el manto negro que había envuelto al planeta Tierra transformara al luz del sol que recibía en calor y que este calor pasara a la atmósfera calentando el planeta en lo que podía llamarse el principio de las placas solares térmicas, pero no había sido así. El calor también se perdía en el espacio exterior y los

lagos y mares comenzaban a helarse en el planeta, lo mismo que los ríos.

Muchas eran ya las poblaciones con escasísimas posibilidades de supervivencia.

Las presiones sobre la tierra a causa de la congelación de grandes lagos y pequeños mares, producían movimientos telúricos de importancia y raro era el día en que los medios de información no comunicaban grandes catástrofes.

Los grandes embalses artificiales se resquebrajaban y se abrían como fruta madura ante la presión de los hielos que avanzaban entre el hormigón armado de las centrales hidroeléctricas que habían dejado de funcionar, y si la catástrofe no era mayor, era debido a que el agua se transformaba en hielo y el río en glaciar.

La Scorpio-111 dejó atrás la atmósfera. Cubrió el espacio vacío y luego perforó el manto negro que había envuelto al planeta como una maldición, la peor de todas las maldiciones jamás imaginadas por aquel animal inteligente que era el hombre.

Aquella especie de corteza negra no tenía más de cincuenta metros de espesor. Ulises Borj saltó al otro lado con su nave y sus ojos se llenaron de luces, de miríadas de puntitos luminosos, estrellas en todas direcciones.

Pudo ver el sol limpiamente, un sol que a las doce del mediodía no conseguía iluminar la pista de despegue sumida en las tinieblas como en la más negra de las noches.

El firmamento, con todos sus astros, estaba ante él cuando el planeta Tierra agonizaba aterido, cuando los hielos lo devoraban todo y las plantas se quebraban como si fueran de cristal.

De inmediato, puso en marcha los sistemas de telecomunicación. Sabía que fuera del manto negro que envolvía a la Tierra no podía comunicarse con los centros de emisión terrestres, pues las telecomunicaciones no lograban perforar la corteza negra que había dejado inservibles a todos los satélites artificiales que giraban alrededor del planeta y también dejaban incomunicadas las colonias en la Luna.

La única forma de establecer contactos era utilizar una nave de observación que fuera cruzando el manto negro de un lado a otro, ya que la telecomunicación directa era imposible.

Borj no tardó en observar que un buen número de satélites artificiales estaban destruidos.

Dio vueltas completas al planeta, lo que resultaba deprimente, pues sólo se podía observar el manto negro, nada más.

Vio grandes y sofisticados satélites artificiales convertidos en verdaderas chatarras espaciales.

Aquellas destrucciones no podían ser casuales y reforzaban sus teorías de que el manto negro que condenaba a la Tierra a una muerte total por congelación no era un hecho natural en el mundo del cosmos, sino algo provocado.

Los científicos analizaban una y otra vez muestras de aquel manto tomadas por otras naves que lo habían perforado.

La composición básica era de finísimo polvo de carbón activado mezclado con micropartículas metálicas de un elemento desconocido. Esta mezcla era la que impedía el paso de toda clase de radiaciones hacia la Tierra, incluidas las radiaciones térmicas, y condenaba al planeta a la peor de las glaciaciones vividas, una glaciación que lo arrasaría todo.

La Scorpio iba armada y todo su sistema de defensa estaba listo para ser empleado en cualquier instante.

Ulises Borj había dejado conectados los sensores de detección para descubrir a alguna nave extraña que pudiera acercársele tratando de convertirle a él también en chatarra espacial.

—Atención, atención, colonia Luna «Cero», atención, atención, colonia Luna «Cero», llama el mayor Ulises Borj desde la astronave Scorpio-111, atención, atención…

Grabó el mensaje y el computador de la nave se encargó de irlo repitiendo mientras Ulises Borj prestaba su atención a los controles de la nave y lanzaba su mirada directamente hacia la Luna que también había desaparecido a los ojos de los habitantes de la Tierra.

Pasaron los minutos y no hubo respuesta, Ulises Borj se intranquilizó.

Como la falta física de telecomunicación con los mandos era un hecho, tenía capacidad para tomar decisiones propias, por lo que puso proa hacia la Luna y encendió de nuevo los motores dándoles la

máxima fuerza de impulso.

Pocos minutos después, alcanzado ya el impulso necesario para viajar hacia la Luna, desconectó los motores y se dejó llevar por la inercia conseguida.

El computador seguía lanzando al aire el mensaje, mas no había respuesta alguna.

La Luna se veía hermosa, no había sufrido el bloqueo del finísimo polvo contra el que el hombre había luchado sin conseguir éxitos sorprendentes.

Se habían lanzado contra él bombas termonucleares con una gran precisión que habían producido grandes desgarros por los que había penetrado la luz, pero estos agujeros sólo habían durado el tiempo que duraba el calor causado por las bombas.

Después, las heridas logradas en el manto negro se habían cerrado, y el optimismo se había transformado en desilusión al verse de nuevo en la más negra de las tinieblas.

Era como lanzar una gran bomba al océano; se abría una especie de cráter en el agua, pero sólo duraba el tiempo que el resto de las aguas volvían a cubrirlo.

Mientras viajaba hacia la Luna para averiguar las causas de por qué no respondían a su llamada los habitantes de las colonias que la Confederación Terrícola poseía en el satélite natural, Ulises Borj pensó en la gran cantidad de tipos raros que se dedicaban a profetizar el fin apocalíptico de la humanidad, sólo que en vez de llegar con fuego parecía que el final iba a ser por frío.

Millones de seres medio congelados ya, perdiendo pies y manos a causa del intensísimo frío que no lograban combatir, seguían a los falsos profetas a los más extraños lugares, desde los templos a las altas montañas.

El gobierno de la Confederación había desistido de cortar aquellos movimientos en todas direcciones de personas que iban a suplicar piedad y que se encaminaban hacia la muerte por congelación.

Después de todo, los políticos y los científicos de la Confederación no tenían una solución para vencer a la glaciación que todo lo invadía.

Los medios de transporte se deterioraban cada vez más y grandes

extensiones del planeta habían quedado incomunicadas por mar y por tierra. Sólo los medios aéreos llegaban hasta aquéllos lugares.

El hambre, además del frío, ponía las cosas más difíciles. Barcos, trenes, coches, camiones, nada funcionaba ya. Los seísmos que se multiplicaban habían destrozado las vías férreas, las torres de transporte eléctrico y las montañas de nieve y hielo sepultaban las carreteras mientras los automóviles, a temperaturas por debajo de los cuarenta grados bajo cero, quedaban completamente anulados.

¿Qué podía hacerse?

La fuerza aérea trabajaba de forma incansable para llevar suministros en todas direcciones, mas siempre era poco, demasiado poco ante una catástrofe semejante que alcanzaba a todo el planeta.

Ulises Borj se quitó los atalajes tras conectar el sistema de prevención de alarma automático. Se levantó de la butaca y se desperezó.

Llevaba dos horas encajado en la butaca y el viaje hasta la luna le llevaría algo más de once horas. Tenía tiempo para descansar, comer y estirar las piernas.

Previamente había disparado una pelota electrónica de señales que traspasaría el manto que asesinaba al planeta Tierra. La bola electrónica enviaría las señales adecuadas que serían detectadas por las fuerzas milicianas astronáuticas y de este modo sabrían que había partido hacia la Luna.

El tiempo se le pasó rápidamente. Durante el viaje no ocurrió nada extraño, aunque temía ser atacado en el momento menos pensado a pesar de que el gobierno de la Confederación no había dicho oficialmente ni una sola vez que estaban siendo atacados por seres desconocidos.

Aquello hubiera sido demasiado, ya que todos hubiesen esperado con más terror que a la propia congelación, la invasión del planeta por alienígenas.

Sin embargo, los cosmonautas de la milicia como Ulises Borj sostenían esta teoría, aunque no se había visto al enemigo por parte alguna.

Borj había tomado filmaciones de los satélites destrozados para llevarlas a sus superiores. Había que enfrentarse a la situación de

forma distinta a como se estaba llevando.

Concentrar todos los esfuerzos para ayudar a las poblaciones más dañadas por la catástrofe no era la mejor solución; se consumían esfuerzos y energía y lo único que se conseguía era prolongar la agonía de tales poblaciones unos días más.

Regresó a su butaca de pilotaje cuando faltaban treinta minutos para llegar al destino que se habían marcado. Ninguna señal de emisión le había llegado pese a tener todo el tiempo los circuitos de recepción abiertos.

Quitó los automáticos y se dispuso a manejar la astronave por sí mismo.

Se colocó en la órbita de la Luna con suma facilidad y comenzó a buscar con las telecámaras las colonias que los terrícolas tenían en el satélite.

Hizo la ruta orbital de las colonias situadas especialmente en cráteres que se buscaban más o menos a la medida de la colonia que se deseaba levantar.

Apretó los dientes con fuerza al descubrir la primera de las colonias.

En la pantalla de su visor, conectado con las telecámaras, pudo observar que la colonia había sido totalmente arrasada. Sólo quedaba allí el primitivo cráter y dentro de él, aceros retorcidos.

Colocó el visor de infrarrojos y pudo ver que había una gran mancha térmica que patria del centro de la destruida colonia y se expandía en derredor en un área importante, lo que indicaba que allí había habido una gran concentración de calor destructor; una bomba termonuclear podía producir efectos similares.

Fue tomando cinta de videotape de cuanto captaba para entregarlo a la superioridad a su regreso.

Prosiguió reduciendo velocidad y en una órbita más baja, tan próxima al suelo de la Luna que podía ver a simple vista el paisaje lunar.

No quedaba nada en ninguna de las colonias ni explotaciones mineras.

El ataque había sido total y devastador, lo que no veía por parte alguna era a los atacantes. Estaba listo para replicar si era atacado a su vez, pero nada veía que pudiera tener vida, sólo restos de colonias donde ya la vida era totalmente imposible.

Llegó a la colonia «Cero» y ya en el astropuerto cercano pudo ver los signos de la destrucción.

Cuatro astronaves estaban allí totalmente destruidas, irrecuperables. Semejaban grandes monstruos metálicos despanzurrados, colgándoles tuberías y cables como si fueran los intestinos.

Había estado en aquella colonia en repetidas ocasiones. Conocía a varias de las muchachas del club y sintió un gran dolor dentro de sí al ver el cráter que aún despedía oleadas térmicas.

Donde existió una gigantesca burbuja de cristal, sólo había un cráter profundo y restos de la edificación realizada hacia el interior del planeta.

Descendió más sobre la Luna y dejó de orbitaria para sobrevolar en círculo los restos de la colonia luna «Cero». Le hubiera gustado tener los sistemas de telecomunicación en perfecto estado para gritar al gobierno de la Confederación Terrícola lo que acababa de descubrir, mas no podía hacerlo, su grito se hubiera perdido en el vacío cósmico o quizá lo hubieran captado los causantes de aquel ataque criminal contra las colonias que allí trabajaran pacíficamente.

Se mantuvo sobre la vertical de la colonia «Cero» durante unos minutos, tomando filmaciones de lo ocurrido.

Se disponía a abandonar aquel lugar, posiblemente aniquilado por un bombardeo atómico que desde el planeta Tierra no habían podido captar, cuando detectó unos destellos luminosos.

Observó que desde una loma rocosa, próxima a la colonia destruida y que se hallaría a unos cinco o siete kilómetros de distancia, le enviaban señales luminosas variables, por lo que cabía pensar que no era un aparato automático que había quedado en funcionamiento.

Manipuló el control remoto que movía la telecámara y en la pantalla pudo ver los destellos lumínicos.

Fue aproximando la imagen hasta que descubrió un vehículo-oruga dentro del cual habían varios seres vestidos con trajes de

supervivencia espacial. Dedujo inmediatamente que eran supervivientes del ataque.

—Atención, atención, ¿pueden oírme, pueden oírme? Soy el mayor Ulises Borj de la milicia astronáutica de la Confederación Terrícola. ¿Pueden oírme? Atención, atención…

Repitió la llamada sin éxito hasta que decidió emplear la banda de ondas más baja. Insistió con su llamada y en esta ocasión, sí obtuvo respuesta.

—¡Mayor Ulises Borj, le oímos, le oímos! ¡Sáquenos de aquí, todo está destruido, sálvenos o moriremos! —le gritó una voz femenina y angustiada.

—Voy a alunizar en el astropuerto. Vengan hacia mí sin miedo, controlo la zona con mis sensores. Mi nave está armada en previsión de algún ataque.

Desplazó en horizontal la Scorpio-111 hasta colocarla en el área más despejada del astropuerto y descendió en vertical hasta que la nave alunizó y quedó quieta, a la espera de los supervivientes.

Con la telecámara, controló la aproximación del vehículo-oruga que descendía de la loma rocosa y no se detuvo hasta llegar junto a la nave.

Desde la propia cabina de pilotaje, Ulises Borj manipuló en el panel de mandos y se abrió la portezuela de la nave. Una escalera metálica y rectráctil se desplegó hasta tocar el suelo lunar, facilitando así la entrada a la nave. La cámara de despresurización ya estaba lista.

Pudo ver a tres figuras vestidas con los trajes de supervivencia que abandonaban el vehículo-oruga y corrían hacia la escalerilla de la Scorpio-111 como temiendo que ésta escapara, y si se quedaban allí donde todo estaba destruido, su muerte era segura.

Ulises Borj, gracias al circuito interior de televisión, vio que los supervivientes estaban ya dentro de la nave. Cerró ésta y presurizó la cámara de entrada.

No esperó más y despegó de la Luna, iniciando el regreso al planeta Tierra. Antes, por un servicio de telecomunicación interior, preguntó:

—¿Hay más supervivientes?

—No —fue la respuesta rápida y tajante de tres voces unidas que conformaron una sola mientras la Scorpio vencía la gravedad lunar con la fuerza de su motores.

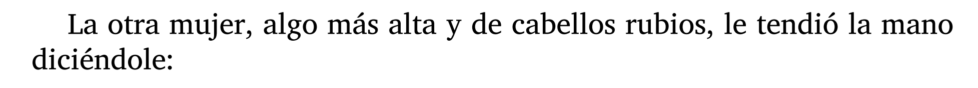
CAPITULO II

Con el piloto automático de la Sccrpio-111 colocado, Ulises Borj abandonó la cabina y fue al encuentro de los supervivientes, que nada más verlos sin el casco protector del traje, comprobó que se trataba de dos mujeres jóvenes y muy atractivas y un hombre.

—Gracias por recogernos, mayor —le dijo el hombre, presentándose de inmediato—. Soy el ingeniero Talbot.

—Bien, Talbot, lo importante es que estáis vivos.

—Mi nombre es Gloria —le dijo la joven de cabello castaño claro y ojos verdes.



La otra mujer, algo más alta y de cabellos rubios, le tendió la mano diciéndole:

—Me llamo Wanda y tengo hambre.

—Bueno, no tengo mucha comida a bordo, pero hay unos sandwiches congelados que podremos pasar por el calefactor de microondas.

—Será más que suficiente —aprobó el ingeniero Talbot—. Hace cuarenta y ocho horas que no hemos comido.

—¿Cuánto hace que ocurrió la tragedia? —preguntó Ulises Borj, pasando a la reducida estancia que le servía de dormitorio, cocina y recogimiento mientras la nave navegaba en forma automática.

La Scorpio-111 no era una astronave para llevar pasajeros, sólo lo hacía en casos de emergencia como el que estaban viviendo.

—Atacaron la colonia «Cero» hará unas cincuenta horas —explicó Gloria reflejando en su rostro el dolor por lo ocurrido.

—¿Visteis a quiénes efectuaron el ataque?

Fue Wanda quien explicó a continuación:

—Nos hallábamos lejos, vimos el resplandor de la explosión.

—Fue una nave espacial pero no pudimos ver cómo era, estábamos a demasiada distancia —puntualizó el joven ingeniero Talbot.

—Teníamos averiado el telecomunicador del vehículo —explicó Gloria con los labios trémulos—. Creimos que íbamos a desaparecer.

—Viajamos hasta la colonia «Siete» y también la vimos destruida.

—Sí —asistió Ulises Borj—. Están todas destruidas. He hecho la inspección completa y he tomado grabación en videotape de todas las colonias para que se trate de estudiar lo ocurrido, lo malo es no tener nada que pueda identificar a los atacantes.

—Era uno UFO —explicó Wanda.

—Yo tomé una fotografía pero no sé si saldrá bien —explicó Gloria, mostrando una microcámara—. Suelo llevarla siempre conmigo.

Ulises Borj, que era el más alto de los cuatro, tendió sus manos con

sumo cuidado hacia la pequeña cámara.

—No sé si la fotografía será buena pero, de momento, es valiosísima para nosotros. Desconocemos quiénes son nuestros enemigos y cuál es su procedencia. El caso es que quieren genocidarnos y si no conseguimos combatirlos, pronto la vida en nuestro planeta será totalmente imposible.

—¿Ha empeorado la situación en la Tierra? —preguntó el ingeniero Talbot mientras dirigía ansiosas miradas a los sandwiches metidos en el horno de microondas.

—A cada hora que pasa, empeora, las personas mueren a decenas de millares y no hay posibilidad de enviar socorro a todas partes. Los hielos avanzan y todo signo de vida muere. Son muchas las poblaciones que saben que el tiempo que les queda de vida es proporcional, a los víveres y energía que poseen, pero están dispuestos a resistir hasta el final. Lo malo es que no sabemos quiénes nos atacan ni cómo combatirlos. En realidad, ni el propio gobierno de la Confederación ha admitido que seamos atacados. Se habla del manto negro que impide que los rayos solares lleguen a nuestro planeta como de un fenómeno natural de origen desconocido.

—¡Eso no es cierto, hemos sido atacados! —casi gritó Gloria.

Comiendo, los tres supervivientes mitigaron su crisis.

Ulises, que comprendía la tensión que habrían pasado a lo largo de cincuenta horas sin víveres y con el oxígeno terminándoseles, abocados a una muerte segura, les preparó unos cafés cargados.

En la Tierra habría muchos seres, hombres, mujeres y niños, que no tendrían la suerte de ser rescatados cuando ya se iniciaba la agonía que precedería a la muerte.

Los tres rescatados se despojaron de los trajes de supervivencia y Ulises Borj pudo comprobar que las dos muchachas eran esbeltas y muy hermosas.

Tenían pequeñas diferencias, la forma de los senos o la amplitud de las caderas, pero no por ello parecía una más hermosa o más femenina que la otra.

—Será mejor que durmáis unas horas, hay tiempo hasta llegar a la Tierra para que recobréis fuerzas. Sólo hay una litera y una camilla para recoger heridos.

—Yo me las arreglaré en el suelo —se apresuró a decir el ingeniero Talbot mientras extraía la camilla que la nave llevaba por si se encontraba con algún herido.

Gloria y Wanda se repartieron la litera y la camilla y Talbot se estiró en el suelo con una manta. Ulises apagó las luces y les deseó:

—Buenos sueños, ahora ya habéis escapado a la muerte.

Mientras se alejaba hacia la cabina de pilotaje donde pensaba permanecer todo el tiempo mientras los tres dormían, pensó que habían escapado a la muerte en la Luna, pero ¿acaso podrían escapar a la muerte en la Tierra?

Pasaron las horas mientras la proa de la Scorpio-111 buscaba la gran mancha negra en que se había transformado lo que durante millones de años había sido un hermoso planeta azul.

Aquel manto negro era como una caja letal dentro de la cual había sido encerrada toda la civilización terrestre para que desapareciera.

Lo que hacía falta era averiguar quiénes habían sido los culpables para poder combatirlos si es que existía alguna posibilidad de hacerlo, ya que si habían sido capaces de envolver al planeta de aquella forma sin que sus víctimas, los terrícolas, pudieran evitarlo, indicaba que poseían un gran poder y una elevada tecnología contra la que sería muy difícil luchar.

La pequeña microcámara fotográfica había sido colocada en un hueco que existía sobre la superficie de la mesa y que era utilizado para guardar cosas que no se deseaba perder.

Wanda despertó de su sueño en medio de una pesadilla en la que se estaba asfixiando por falta de oxígeno. Era una muerte muy desagradable.

Se incorporó en la camilla en la que había estado durmiendo en posición bastante incómoda, ya que la camilla era muy estrecha como era lógico, sólo apta para emergencias.

Wanda aspiró con fuerza, aire bien oxigenado no faltaba dentro de la nave.

Una luz piloto brindaba luminosidad suficiente para ver y no molestar.

Abandonó la incómoda camilla y observó que Gloria y Talbot dormían profundamente; habían conseguido conciliar el sueño después de tantas horas de vigilia.

Pasó con cuidado por encima del cuerpo de Talbot y se dirigió a la cabina de pilotaje donde sonaba de fondo una música suave.

Ulises Borj detectó la aproximación de la muchacha y le preguntó:

—¿Has dormido bien?

—No, no muy bien…

—La culpa es del café.

—Era fuerte pero Talbot y Gloria duermen profundamente.

—La cafeína no actúa de la misma manera en todas las personas.

—Me duele la cabeza.

—Puedo darte un analgésico.

—No, gracias, creo que dentro de unos minutos me tomaré otro café.

—Entonces, seguro que no volverás a dormir hasta dentro de unas horas.

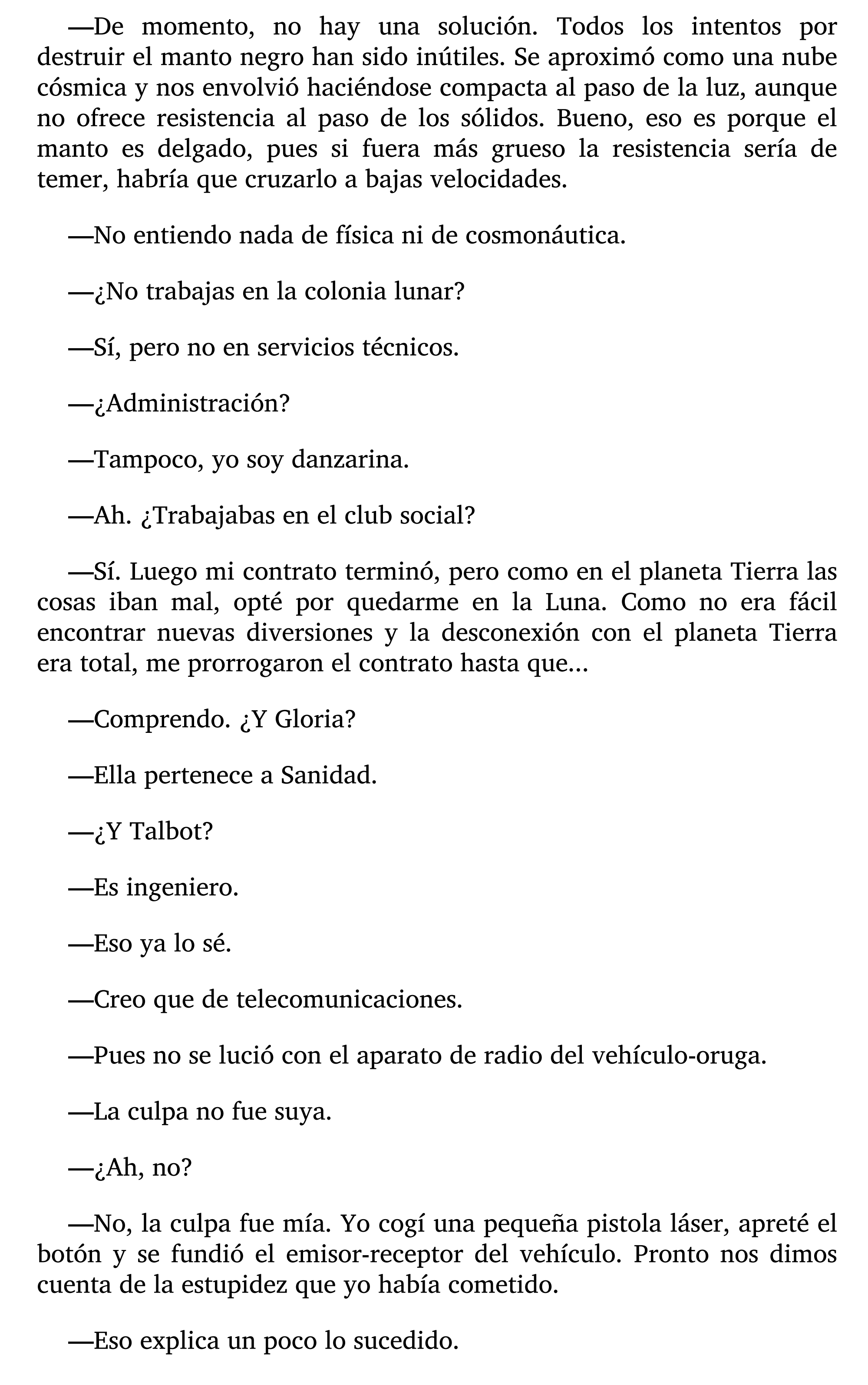
—Será lo mejor. Ansío llegar a la tierra y tomar una habitación con una buena cama para dormir.

—Y una buena calefacción va a hacer falta, las temperaturas son muy bajas.

—¿Y en Africa, sur de Asia y la Amazonia?

—No están helados pero sufren la violencia de los vientos y también terremotos y maremotos, todo el planeta se convulsiona espasmódicamente; no obstante, hay mucha gente que ha conseguido subir en aeronaves para trasladarse a las zonas más cálidas del planeta pese a que el frío ya ha hecho presa también allá. La falta de luz solar hace muy difícil la vida en todas partes y por encima de los quinientos metros de altura, las heladas son insoportables.

—¿Y qué se puede hacer?



—De momento, no hay una solución. Todos los intentos por destruir el manto negro han sido inútiles. Se aproximó como una nube cósmica y nos envolvió haciéndose compacta al paso de la luz, aunque no ofrece resistencia al paso de los sólidos. Bueno, eso es porque el manto es delgado, pues si fuera más grueso la resistencia sería de temer, habría que cruzarlo a bajas velocidades.

—No entiendo nada de física ni de cosmonáutica.

—¿No trabajas en la colonia lunar?

—Sí, pero no en servicios técnicos.

—¿Administración?

—Tampoco, yo soy danzarina.

—Ah. ¿Trabajabas en el club social?

—Sí. Luego mi contrato terminó, pero como en el planeta Tierra las cosas iban mal, opté por quedarme en la Luna. Como no era fácil encontrar nuevas diversiones y la desconexión con el planeta Tierra era total, me prorrogaron el contrato hasta que...

—Comprendo. ¿Y Gloria?

—Ella pertenece a Sanidad.

—¿Y Talbot?

—Es ingeniero.

—Eso ya lo sé.

—Creo que de telecomunicaciones.

—Pues no se lució con el aparato de radio del vehículo-oruga.

—La culpa no fue suya.

—¿Ah, no?

—No, la culpa fue mía. Yo cogí una pequeña pistola láser, apreté el botón y se fundió el emisor-receptor del vehículo. Pronto nos dimos cuenta de la estupidez que yo había cometido.

—Eso explica un poco lo sucedido.

—Y en el lugar donde nos va a dejar, ¿podremos sobrevivir?

—Sí, la base de las fuerzas milicianas astronáuticas es autosuficiente.

—¿Por cuánto tiempo?

—Nada es eterno ni ilimitado; no obstante, si tratan de destruir todo signo de vida en el planeta Tierra, los invasores tendrán que destruir nuestras bases de defensa y no les va a ser tan fácil como arrasar las colonias que teníamos en la Luna.

—¿Y si esperan a que la Tierra se convierta en una bola de hielo donde todo esté congelado?

—Tenemos refugios para resistir.

—Refugios, pero ¿para cuánta gente?

—Poca, desgraciadamente. Miles de millones morirán congelados, inevitablemente.

—Si los refugios son pocos, ellos podrán atacarlos.

—Es posible que lo intenten, pero tendrán que enfrentarse a nuestras armas.

—Y si se limitan a esperar, ¿cómo sabrán que la Tierra ha muerto por completo?

—No lo sé, quizá por análisis de la atmósfera. Si falta oxígeno, si toda el agua se ha convertido en hielo, la sequedad será total y los alimentos tampoco son ilimitados.

—Para averiguar todo eso necesitarían tener espías dentro de los refugios.

—Sí, pero no creo que los tengan.

—Que se conviertan los propios alienígenas en espías será imposible, ¿verdad?

—No lo sé. Si supiéramos cuál es su forma física, podría responderte, pero son un misterio. Lo cierto es que hemos de aumentar nuestra vigilancia ahora que ya tenemos la certeza de ser víctimas de un ataque de extraños. Mira —señaló hacia los cristales a través de los cuales veían el exterior.

—Mirar, ¿qué? Sólo veo negrura.

—Exactamente, ésa es la Tierra o mejor dicho, la Tierra está dentro de ese envoltorio negro que no nos podemos sacar de encima. Dentro de pocos minutos lo perforaremos.

CAPITULO III

La Scorpio-111 tomó tierra en las pistas del astropuerto de la milicia astronáutica de la Confederación Terrícola.

En medio de un vendaval gélido, la nave se dirigió hacia una pared

rocosa donde se abrió una gran puerta camuflada por la que se introdujo. Después, la entrada volvió a cerrarse.

Avanzaron por un amplio y largo túnel iluminado hasta que arribaron a un hangar de vastas dimensiones ubicado en las entrañas de la Tierra donde había un buen número de naves preparadas para salir al exterior, permanentemente revisadas.

Se detuvo la Scorpio y un tractor la enganchó con un cable y la arrastró hasta colocarla en su lugar de destino. En pantalla apareció el general Udo.

—Mayor Borj, ¿qué es lo que ha sucedido?

—Se lo explicaré personalmente, mi general. Traigo a gente conmigo.

—¿Gente?

—Sí. Sus nombres supongo que no le dirán nada, es mejor hablar personalmente.

—Está bien, mayor. Preséntese de inmediato en comandancia general.

La comunicación se cortó. Ulises Borj se volvió hacia las muchachas y el joven ingeniero Talbot.

—Hemos llegado a un lugar seguro, por lo menos durante un cierto tiempo. Os clasificarán y os darán una placa identificativa. Esta es zona de alta seguridad de las milicias astronáuticas.

—¿No nos echarán fuera de aquí? —preguntó Wanda, asustada.

—No, no creo. Vamos.

Abandonaron la nave. Abajo ya les esperaba un vehículo a cuyo volante estaba un servidor armado de la base.

Se introdujeron por uno de los túneles que desembocaban en el amplísimo hangar y se desplazaron durante unos minutos hasta llegar a un área de identificación y control. En ella había varios hombres armados y con el uniforme de las fuerzas milicianas astronáuticas.

—Sus documentaciones personales —pidió una joven y bella oficial que lanzó una mirada de reojo a Ulises Borj al que conocía bien.

Debían haber recibido órdenes de dejarles pasar, porque no les pusieron ningún inconveniente de comprobar sus respectivas documentaciones.

—Ulises, ¿nos veremos luego en el club? —preguntó la bella oficial.

Lo mismo Gloria que Wanda le miraron. Ulises Borj respondió:

—No lo sé, estoy muy ocupado.

Subieron de nuevo al vehículo que les transportó hasta la comandancia general.

Allí, en un amplísimo despacho iluminado artificialmente como todo lo que había en la base y fuera de ella desde que el sol desapareciera a los ojos de los terrícolas, les aguardaban casi una docena de hombres.

Siete de ellos eran generales y los demás, políticos. Todas las miradas convergieron en los recién llegados.

Ulises Borj saludó militarmente y luego habló:

—Vienen conmigo los tres supervivientes de nuestras colonias lunares. Todo lo demás ha sido destruido, ya no queda vida en la Luna.

La noticia, inesperada, pues Ulises Borj no había dicho nada desde su nave en el corto espacio de tiempo que la Scorpio había estado volando dentro de la atmósfera terrestre, dejó confundidos y pálidos a militares y políticos.

Uno de estos últimos, con el cabello blanco y al que Ulises Borj conocía bien por haberlo visto en multitud de noticiarios televisivos, aunque jamás había hablado personalmente con él, preguntó:

—¿Quiere usted decir que la Luna ha sido destruida?

—No. He querido decir que nuestros bases coloniales allí han sido atacadas y destruidas en su totalidad. He tomado grabación de videotape de todas las bases.

—Pero ¿quién las ha atacado? —preguntó el comandante general en jefe, el mariscal Agares.

—Lo ignoramos.

Todas las miradas se desplazaron ahora hacia los tres supervivientes.

—Fuimos atacados por sorpresa —dijo Talbot—. Bombardearon atómicamente la colonia «Cero». Nosotros nos hallábamos en un vehículo oruga a cierta distancia y pudimos ver el hongo, la gran luminosidad del bombardeo. Todo quedó destruido.

Gloria añadió:

—A distancia vimos las naves atacantes.

—¿Se podrían identificar? —preguntó el mariscal Agares.

—¿Seguro que la colonia fue bombardeada nuclearmente? —insistió el político.

—Seguro —Ulises Borj se adelantó hasta la mesa, depositando en ella la microcámara fotográfica—. Gloria —señaló a la muchacha de cabellos castaño claro y ojos verdes— tomó una fotografía, no sabemos si es buena o no, pero es lo único que tenemos.

Gloria trató de disculparse de antemano por si posteriormente había una posible decepción.

—Había exceso de luminosidad. Además, la cámara es muy pequeña y manejarla con los guantes del traje de supervivencia resulta difícil, lo mismo que enfocarla teniendo la cabeza dentro de un casco espacial.

—Esperemos que haya salido algo que nos pueda guiar —comentó el general Udo que se hallaba sentado junto al mariscal Agares.

—De todos modos, su intención ha sido buena, señorita, y puede ayudarnos mucho.

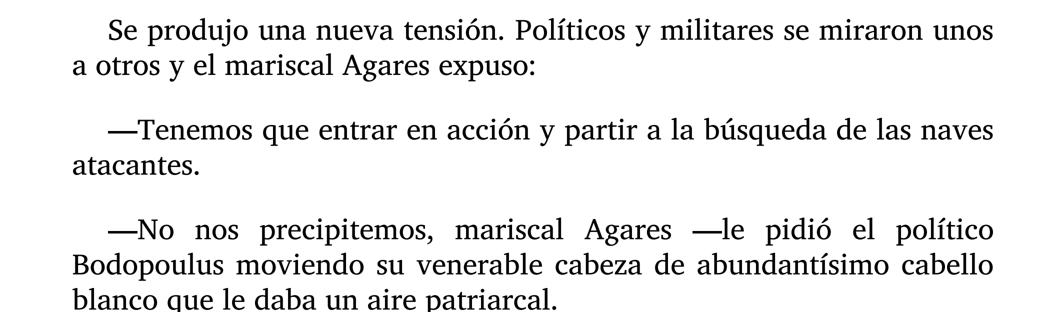
El mariscal Agares se encaró con Ulises Borj y le interrogó.

—¿Ha descubierto algo, mayor Borj?

—Sí.

—Expóngalo —le exigió el general Udo.

—Los grandes satélites artificiales de que disponíamos en torno a la Tierra y que no podíamos utilizar por el muro que significa el manto negro, han sido destruidos.



Se produjo una nueva tensión. Políticos y militares se miraron unos a otros y el mariscal Agares expuso:

—Tenemos que entrar en acción y partir a la búsqueda de las naves atacantes.

—No nos precipitemos, mariscal Agares —le pidió el político Bodopoulus moviendo su venerable cabeza de abundantísimo cabello blanco que le daba un aire patriarcal.

—A ciegas no se pueden enviar a nuestros cosmonautas milicianos contra un enemigo del que lo desconocemos todo.

—Sabemos que nos están atacando, que son los causantes de millones de muertes. No podemos quedarnos con los brazos cruzados hasta que nuestro planeta se convierta en una bola de hielo rodando por el espacio.

El mariscal Agares había hablado con energía, casi con violencia.

El general Udo, más suave, interrogó a Ulises Borj.

—¿Qué sabe de nuestros enemigos?

—Nada, mi general, absolutamente nada. He tomado videotape de todo lo que han destruido y ahora los técnicos podrán estudiarlo.

—No podemos decir quiénes fueron —explicó el ingeniero Talbot —. No captamos ninguna clase de mensaje ni vimos las naves de cerca, sólo vimos la destrucción de la colonia y de no haber salido de viaje en el vehículo- oruga, también habríamos muerto nosotros.

—¿Y el astropuerto? —inquirió el general Udo.

—Destruido totalmente —explicó ahora Ulises Borj—. Yo mismo vi las naves espaciales. Los técnicos quizá descubran qué tipos de armas han venido utilizando nuestros invasores.

—¿Nuestros técnicos? —El mariscal Agares asestó un puñetazo sobre la larga y pesada mesa—. No han averiguado todavía cómo quitarnos de encima esa coraza negra que impide que el sol llegue a nosotros y que el planeta se hiele.

—Mientras, podemos poner en marcha el plan Vulcano —propuso el político Bodopoulus que halló un eco de asentimiento en los otros políticos.

—¿En cuánto nos beneficiará el plan Vulcano? —inquirió el mariscal Agares, agresivo.

Bodopoulus, mucho más paciente, respondió:

—Puede retrasar la congelación de los océanos y beneficiar durante alguno tiempo a todos ios seres que se hayan refugiado en las costas.

—¡Tenemos que dedicar nuestros esfuerzos a defendernos de los atacantes! —expuso el mariscal Agares, conteniendo su furia a duras penas.

—Se pueden llevar a cabo los dos esfuerzos. Hay que defenderse, pero si no aplicamos mientras tanto el plan Vulcano, millones y millones de hombres, mujeres y niños morirán congelados.

Más moderado, el general Udo advirtió:

—Si no vencemos a los invasores, moriremos todos.

Los restantes militares parecían dispuestos a seguir la línea marcada por el mariscal Agares y los políticos, por contra, pensaban en la población que agonizaba de frío, aunque también eran partidarios de la lucha armada para defenderse de lo que, ya no cabía ninguna duda, era un ataque de naves desconocidas.

—Mayor Borj, puede retirarse, recibirá nuevas órdenes —le dijo el mariscal Agares. Miró a los tres supervivientes de la Luna y añadió—: Búsqueles acomodo en la base y que traten de recordar lo que puedan.

Abandonaron la comandancia general donde volvió a entablarse una discusión entre políticos y militares acerca de las medidas que debían de tomar para salvarse.

—¿En qué consiste el plan Vulcano? —preguntó Wanda.

—En recalentar unas determinadas corrientes marinas estudiadas previamente —explicó Ulises Borj—. Dentro de los océanos y mares existen unos cauces de agua con diferencias de temperaturas que no se mezclan con el resto de la masa acuosa y que forman gigantescos ríos dentro del propio océano. La más importante es la llamada corriente del Golfo.

—¿Y cómo podrían calentar toda esa cantidad de agua? —preguntó Gloria, abriendo mucho sus ojos.

—Con bombas termonucleares de acción limpia, explosionadas en puntos estratégicos. El agua llegaría a hervir y al chocar contra los hielos los derretiría a su paso, abriendo cauces y aumentando la temperatura de las playas que es donde se refugia más cantidad de gente. El plan es muy importante, se harían estallar varios millares de bombas nucleares controladas en toda la hidroesfera.

—Pero eso aniquilaría la vida acuática —opinó Gloria.

—Sí, pero si no se calienta el agua de esa forma violenta, también morirá esa vida acuática que quedará atrapada dentro del hielo. Se trata de una emergencia para tratar de salvar millones de vidas humanas.

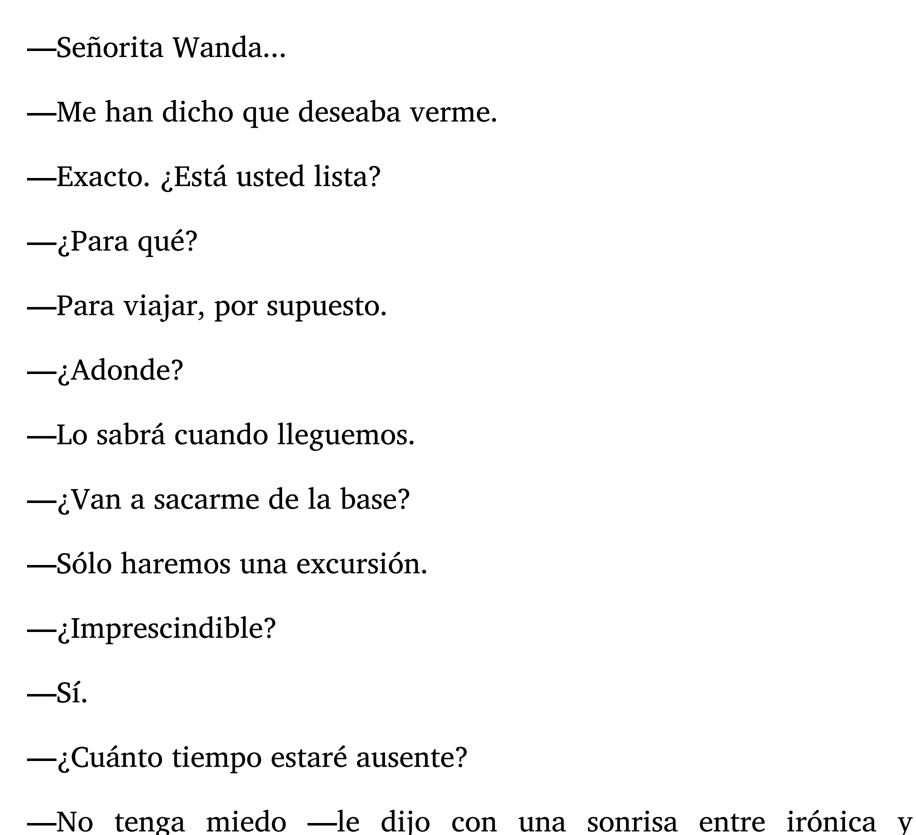
—Parece que estás más a favor de los políticos que de tus superiores los militares —comentó el ingeniero Talbot.

—He de cumplir órdenes y también estoy de acuerdo en que se prepare una vasta acción sin regatear medios para la defensa contra los invasores; lo que sucede es que no tenemos todas las naves ni el personal que nos haría falta para ambas operaciones simultáneas.

—Por más medidas que tomemos, me temo que sólo conseguiremos prolongar nuestra agonía —opinó el ingeniero Talbot, pesimista—, Terminaremos dentro de la gigantesca bola de hielo en que va a convertirse nuestra madre Tierra.

CAPITULO IV

El general Udo, ayudante personal del mariscal Agares, comandante general en jefe de la milicia astronáutica de la Confederación Terrícola, se presentó en una salita en la que había sido requerida la presencia de Wanda, la superviviente de la Luna.



Cuando se abrió la puerta, la hermosa rubia miró al general Udo que escondía las niñas de sus ojos detrás de unas lentillas flotantes que daban un color más azulado a sus pupilas.

—Señorita Wanda...

—Me han dicho que deseaba verme.

—Exacto. ¿Está usted lista?

—¿Para qué?

—Para viajar, por supuesto.

—¿Adonde?

—Lo sabrá cuando lleguemos.

—¿Van a sacarme de la base?

—Sólo haremos una excursión.

—¿Imprescindible?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estaré ausente?

—No tenga miedo —le dijo con una sonrisa entre irónica y sarcástica—. No voy a abandonarla en los hielos donde tantos millones de seres terrícolas mueren congelados diariamente.

—Sí, es terrible. Jamás la humanidad había sospechado que podía ocurrirle una cosa semejante.

—No es el momento de hacer comentarios. Pase por vestuario y pida que le entreguen indumentaria adecuada contra el frío.

—¿No pondrán reparos?

—No, yo ya he dado la orden de que se le entregue lo que pida. Preséntese dentro de dos horas en el andén «B» catorce.

—¿Dónde está eso?

—A la salida del vestuario encontrará un vehículo que la trasladará, no admito retrasos.

Wanda no tuvo tiempo de responder después de aquella orden, el general Udo abandonó la salida dejándola sola.

Poco más tarde, Wanda se presentaba en el vestuario donde le entregaron ropa adecuada para combatir el frío, botas, pantalones, casaca y un yelmo que le protegía toda la cabeza.

A la espalda, una pequeña mochila cilindrica cargaba con una minipila nuclear que calentaba el interior del traje e incluso caldeaba y purificaba el aire que penetraba en el interior del yelmo para que las vías respiratorias y los pulmones no se congelasen.

Con aquel traje, muchísimo más liviano que un traje de supervivencia espacial, podría moverse sin problemas en lugares donde las temperaturas fueran inferiores a los cuarenta grados Celsius bajo cero.

—Por favor, al andén «B» catorce —dijo al conductor de uno de los vehículos de transporte interior de la base miliciana.

El chófer asintió con la cabeza y su vehículo, silencioso y sin contaminar, se desplazó rápidamente por entre el laberinto de túneles que poseía la base.

Pasaron por varias salas y andenes de distribución bien iluminados donde se hallaban otros vehículos y servidores de la base, todos ellos vestidos con sus correspondientes uniformes y placas identificativas a la vista.

Al fin, el vehículo de servicio interno se detuvo junto a un

modernísimo atom-hover-craft que aguardaba dispuesto para salir. Era de color plata y Wanda dedujo que en medio de los hielos se camuflaría con facilidad

Poseía una gran visibilidad gracias a la abundancia de cristales, cristales que no dejaban ver su interior pero que permitían una perfecta visión exterior.

La puerta se abrió automáticamente.

—Suba —fue la orden tajante del coronel Udo.

Wanda se acomodó en el vehículo ATH de línea aerodinámica, una maravilla de la técnica para el desplazamiento por la superficie de la tierra. Aunque lo normal era que se desplazase por encima de los setenta centímetros del suelo, sin tocarlo, en circunstancias excepcionales podía elevarse hasta diez metros para rebasar algún espeso bosque, navegando por encima de las copas de los árboles.

Dentro del vehículo y al volante, se hallaba el general Udo, vestido también con un traje contra el frío pero de color pardo, el mismo color de su uniforme habitual y en el que llevaba los soles identificativos de su jerarquía.

La portezuela se cerró automáticamente y el vehículo se puso en movimiento, penetrando en una de las galerías en las que tuvo que cruzar varios controles automáticos.

Luces rojas, luces verdes, valías metálicas que se apartaban a su paso mientras el general Udo iba dando sus credenciales a través del propio atom-hover-craft que enviaba las contraseñas.

El general habló por un telecomunicador. Su voz fue codificada y la puerta se abrió automáticamente sin que hubiera personal de vigilancia a la vista, aunque había varios objetivos de telecámaras distribuidos estratégicamente para controlar la entrada, lo mismo en su lado exterior que en el interior.

Cuando la puerta se cerró, habiendo abandonado ya el túnel, Wanda miró hacia atrás y sólo vio roca, una roca en la que nada daba a entender que tras ella hubiera una puerta acorazada de acero, capaz de resistir un bombardeo.

Se encontraron en la noche inamovible; ya no había día, sólo era noche y sin luna ni estrellas.

Los faros del vehículo conducido por el general Udo taladraron la oscuridad y no tardaron en hallar reflejos centelleantes de la luz debido a las grandes acumulaciones de nieve helada.

Wanda miró al general de reojo.

Era un hombre maduro pero fuerte, duro de aspecto y enérgico, un hombre que, de cuando en cuando, perdía su mirada hacia un futuro que sólo él veía en su mente.

—Hace mucho frío afuera, ¿verdad?

El general miró el panel de control y dijo:

—Cuarenta y dos grados Celsius bajo cero, exactamente.

Wanda confesó:

—El frío es atroz para un cuerpo terrícola.

—Sí, lo es, estamos compuestos de una gran cantidad de agua y el agua, por debajo de cero grados, se hiela. Cuando la temperatura desciende a estas cifras, el peligro de muerte es casi inevitable. Los trajes que llevamos son muy buenos para moverse en medio de este frío que todo lo congela, pero no hay que descuidarse.

—¿Puede fallar?

—No, no es fácil, tiene una fiabilidad del noventa y nueve por mil.

— Eso es mucho.

—Efectivamente, y la pequeña pila nuclear que llevamos a la espalda nos da una autonomía de un año, así que no hay problemas.

Por más kilómetros que recorrían, el panorama no cambiaba; los árboles daban tristeza, eran árboles muertos en pie, helados; quienes pudieran llegar hasta ellos, los cortarían para quemarlos y calentarse.

Habían entrado en la era glaciar más dura conocida por el ser humano, una era glaciar sin sol que la mitigase, una era glaciar en la más siniestra oscuridad.

El general Udo pilotaba rápido su modernísimo vehículo y no despegaba los labios para hablar.

Llegaron a una ciudad que poseía escasa luz y no se veía a nadie

por las calles. Era de suponer que muchos de los apartamientos contendrían cadáveres congelados, cadáveres que no se descomponían.

Aquellas pequeñas ciudades se habían convertido en auténticas cámaras frigoríficas para cadáveres.

El general Udo prefería viajar por las pistas abiertas para no encontrarse con desagradables sorpresas.

En un momento dado, les salió delante un grupo de personas. Formaban un bulto compacto, todos ellos envueltos en pieles, y les hicieron desesperadas señales para que se detuvieran.

El general Udo no modificó el rumbo de su vuelo ni disminuyó la marcha. Notaron una sacudida.

Wanda miró hacia atrás y gracias a las luces posteriores del vehículo, pudo ver en el suelo a dos personas que habían sido atropelladas.

—De todos modos van a morir…

Wanda no dijo nada y prosiguieron viaje.

El general Udo hizo salir al vehículo del vial y circuló por encima de un lago helado, atravesándolo con rapidez.

El vehículo avanzaba sin tocar el suelo, pero aunque lo hubiera tocado, aquel lago no habría cedido, ya que el hielo, llegaba hasta su fondo, lo que debía haber provocado corrimientos de tierras en las orillas y varios edificios habían quedado destruidos.

Se adentraron en un páramo, el general Udo observaba atentamente el mapa de ruta. Aquél era el punto cero de las coordenadas. Detuvo el atom-hover-craft y volviéndose hacia Wanda dijo:

—Ahora, sólo hay que esperar.

Miró su reloj mientras abría el receptor-amplificador de sonidos exteriores.

Comenzaron oyendo un rumor, luego vieron unas luces intermitentes que avanzaban hacia ellos, casi a ras de tierra.

—Ahí están —dijo el general Udo.

La extraña y gigantesca nave avanzó hasta detenerse a una distancia prudencial.

Apagó gran parte de sus luces y por debajo de lo que podía ser la proa, se abrió una trampilla y apareció una rampa que descendió hasta la tierra.

—Vamos —dijo el general.

Salieron del vehículo y se acercaron a la rampa, ascendieron por ella y se introdujeron en la nave.

Cuatro seres que vestían el mismo traje de supervivencía salieron a recibirles. Luego, por el interior de la nave, les condujeron a una especie de sala no muy grande y bastante escasa de luz en la que había una mesa convexa que despedía una luz muy blanca.

Detrás de ella, un ser extraño, de aspecto muy distinto a los terrícolas.

Daba la impresión de estar hecho de duras escamas de color cobre metálico. Su cabeza era rinocéfala y sobre ella se alzaban dos cortas antenas móviles en cuyos extremos pendían los ojos que variaban constantemente de dirección.

Hubiérase dicho que las manos eran como finas garras del mismo color metálico.

—Bien venidos a mi nave, general Udo.

—Capté la contraseña y me apresuré a venir con Wanda

Cuando se volvió hacia Wanda, el general Udo no pudo evitar un instintivo gesto de rechazo.

La bellísima rubia acababa de convertirse en uno de aquellos alienígenas tan distintos a los terrícolas. Había sido una metamorfosis muy rápida y aunque sabía que Wanda era una de ellos, no dejó de impresionarle el cambio.

Era difícil resistir mirarles, había que hacer un esfuerzo para aguantar y no alejarse corriendo.

Aquellos alienígenas llegados de las estrellas, con una tecnología superior a la que poseían los terrícolas, estaban dispuestos a exterminar a miles de millones de terrícolas y lo estaban haciendo ya.

Estaban llevando a cabo una invasión programada y sistemática del planeta Tierra y, al parecer, cada uno de los puntos se cumplía tal como estaba previsto.

—Las colonias terrícolas en la Luna han sido eliminadas —dijo el comandante alienígena.

—Así es —asintió Wanda, cuyo aspecto en nada recordaba ya a una joven y bella danzarina terrícola.

—En la comandancia general de la milicia astronáutica de la Confederación ya es conocido el desastre de nuestras colonias en la Luna.

—Detectamos una nave miliciana terrícola a gran distancia, pero no la atacamos porque sabíamos que nuestra hermana Wanda viajaba en ella.

—Lancé una llamada telepática —indicó Wanda.

—Que pudimos captar —respondió el comandante invasor.

—Nosotros, los terrícolas, también gozamos del poder de la telepatía.

—Pero no en la misma forma que nosotros —le puntualizó Wanda —, aunque los terrícolas y nosotros, los seres de Langh, no somos tan distintos.

El general miró al comandante y a Wanda que tenía el yelmo de protección contra el frío y sonrió tímidamente.

—Yo diría que sí somos distintos.

—No tanto —insistió Wanda—. Tenemos problemas físicos similares, incluso somos de alimentación omnívora como vosotros los terrícolas.

—Sí, eso me figuraba. Sólo los animales omnívoros sobreviven a las catástrofes prolongadas —aceptó el general Udo.

—Somos parecidos, sólo que nosotros estamos en un desarrollo muy avanzado —expuso el comandante invasor—, Los terrícolas, debido a vuestro sistema de vida, sois una especie decadente que debe ser eliminada.

—Estoy de acuerdo en que somos decadentes, pero el genocidio es

demasiado brutal.

—El pacto contigo, general Udo, era el de que podíais salvaros un grupo de elegidos cuyas vidas serían respetadas.

—Tengo listo el grupo que me sigue y que es fiel a mis dictados. Dentro de la especie terrícola somos una raza superior a las demás.

—Sabemos que los terrícolas sois una mezcla de razas distintas de número ya casi incalculable. En cierto modo, eso os ha acarreado muchos problemas; también os ha dado mucha inmunidad ante los microorganismos, pero como seres sois decadentes.

—El grupo que represento somos una raza pura, una raza que se ha venido conservando a través de los milenios. Hemos comprobado el árbol genealógico de todos los que componen el grupo.

—Ese grupo, como ya sabes, no puede ser numeroso.

—No lo será.

—Y para ganarse el derecho a la supervivencia, deberá colaborar con nosotros en la destrucción de las bases milicianas.

—Será un poco difícil, pero conseguiré que todos colaboren.

—Son los elegidos, el resto de la especie terrícola desaparecerá. La congelación avanza y los muertos son miles de millones, pero las bases superprotegidas y armadas, con largo poder de autonomía, son un obstáculo que hay que aniquilar.

—Nuestro plan tiene un tiempo limitado —puntualizó el comandante de la nave alienígena. No podemos esperar a que la colonia miliciana terrícola muera por falta de recursos.

—Sí, eso sería difícil, costaría largos años. Poseemos un vasto almacén de víveres y un sistema de energía de larga duración. La congelación tardaría mucho en llegar al interior de la base secreta ya que está en las entrañas de la tierra. Estamos preparados para resistir largo tiempo, aunque fuera de la base, la población terrestre haya muerto en su totalidad y también la fauna y la flora.

—La base ha de ser destruida con todos sus sistemas de defensa. Luego, comenzará la descongelación y el planeta volverá a recobrar su vida, aunque muchas especies de su fauna y flora hayan desaparecido para siempre, lo que no nos importa. Nosotros tenemos animales y


semillas suficientes para repoblar el planeta a nuestra conveniencia.

—Y el manto negro, ¿cuándo lo quitará para que el sol ilumine y caliente la Tierra?

—La cáscara negra que impide que el sol llegue hasta este planeta será quitada a su debido tiempo —replicó tajante el comandante de la nave alienígena de los Langh.

El general Udo comprendió que no le iban a decir más respecto al momento o a la forma en que quitarían alrededor del planeta Tierra aquel manto que asesinaba a los terrícolas al aislarlos del sol, fuente de vida y energía.

—¿Es necesario que mueran todos? —insistió el general Udo.

—Sí, todos menos los que nos ayuden y que deberán de ser pocos, menos de un millar.

—Podríamos ser más —objetó el general Udo.

—No, no podéis ser más. Cuando la Tierra vuelva a ser lo que ha sido, es decir, un planeta con vida, vosotros tendréis un lugar donde desarrollaros como especie y no seréis molestados y sí ayudados. Si sois una raza pura podréis iniciar una nueva civilización terrícola.

Al general Udo le brillaron los ojos, aquello era su sueño: la desaparición de todas las razas impuras y todas las mezclas y la sobrevivencia de su raza pura.

—Seréis la raza privilegiada —le dijo Wanda. Su voz no había cambiado en absoluto pese a que la visión de su rostro era difícil de soportar sin sentir repulsión desde la óptica de un terrícola.

—La destrucción de la base tendrá muchas dificultades.

—Lo haremos en colaboración —dijo el alienígena.

—Sí, claro. Están a punto de ponerse en marcha varios planes para la defensa de. nuestra especie.

—¿Cuáles son los planes?

La pregunta del alienígena estaba cargada de interés y el general Udo creyó llegado el momento de exigir.

—Primero, hablemos de la seguridad.

—¿Cuál seguridad?

—La de que mis adictos y hermanos de raza y yo nos vamos a salvar del genocidio de la especie terrícola.

—Tenemos un refugio seguro para vosotros. La base miliciana será destruida mientras la congelación continuará hasta la muerte total de todos los terrícolas. Vosotros aguardaréis y no os faltará de nada hasta que vengan los deshielos.

—Bien, pero luego ¿qué zona del planeta ocuparemos?

—La que vosotros escojáis; habrá sitio para vosotros

y nosotros sin que entremos en conflictividad. Tened en cuenta que vuestros centros de cultura se van a conservar, la congelación no destruirá todo aquello que os pueda hacer falta, bibliotecas, videotecas, centros de producción, muchas cosas para que sigáis teniendo un nivel de vida similar al de ahora.

—Contábamos con ello, no habríamos estado dispuestos a regresar al primitivismo. Somos una raza muy evolucionada, científica y tecnológicamente.

—Lo sabemos, por ello sólo emplearemos nuestro po der ofensivo destructor contra la base miliciana. El resto del planeta morirá por congelación y la congelación no destruirá vuestros edificios más sólidos.

—Y cuando la invasión se produzca, ¿cuáles seréis?

—Haces demasiadas preguntas, general Udo, demasiadas.

—Es lógico, os estoy ayudando a vosotros y no a los de mi especie.

—Lo haces porque sabes que es tu única oportunidad de supervivencia.

—Sin mi ayuda y la de los que me siguen, no os sería fácil destruir la base miliciana astronáutica. Posee sistemas de detección y vigilancia muy sofisticados y su poder de ataque es muy grande.

—Lo sabemos, pero de todos modos venceríamos. Nuestra tecnología es más avanzada, nuestro poder ofensivo es superior. Lo único que ocurriría es que tardaríamos algo más de tiempo en arrasar la base miliciana y no queremos perder más tiempo, por eso nos

pusimos en contacto contigo, general Udo. Queremos limpiar el planeta de terrícolas cuanto antes. Hubiéramos podido bombardearlo completamente y arrasarlo, pero de hacerlo en esa forma, habríamos dejado a la Tierra inútil para ser repoblada en muchos años. La congelación no dejará la tierra estéril cuando vengan los deshielos, todo lo contrario, y ninguna clase de radiación estorbará la vida en el planeta que poseerá un aire puro.

—Sí, eso es cierto. Las factorías no funcionan, no polucionan y todo será distinto, como nuevo para comenzar otra vez, pero sin que las edificaciones más importantes se hayan destruido.

—Exacto, general Udo. Sabemos lo importante que es para vosotros vuestra historia y no la perderéis. Muy diferente habría sido de enfrentarnos en una guerra termonuclear, entonces nada hubiera quedado en pie.

—Será una ocupación sin bajas por vuestra parte mientras que millones y millones de terrícolas habrán perecido.

—Exacto, general Udo, para eso creamos el manto negro que os priva del sol. Una idea magnífica para exterminaros por congelación.

—De todos modos, quisiera una garantía de que nosotros nos vamos a salvar.

—La garantía es que aceptes el pacto de colaboración.

El general Udo comprendió que si no aceptaba el pacto, sería incinerado allí mismo y dejaría de ser un problema, por lo que dijo:

—Está bien, confío en el pacto, pero ¿cuántos como Wanda habéis conseguido introducir en la base?

El general Udo se refería a los seres langh con capacidad de metamorfosis para pasar corno un terrícola siendo como eran tan distintos a ellos.

Quizá la metamorfosis no fuera física sino de sugestión y los terrícolas vieran a Wanda como ella quería que la viesen y no como realmente era.

Lo cierto era que el enemigo se podía introducir en la base sin ser descubierto.

—Unos cuantos, pero no a nivel de generalato. Nos importan las

órdenes superiores y el saber cuáles son los planes para poder atacar en el momento preciso.

—Pero, yo debo saber quiénes son para solicitar su ayuda en el momento adecuado.

—Te ayudarán cuando ellos lo crean conveniente. De todos modos, Wanda será tu contacto. En adelante, todo lo que debas comunicarnos se lo dirás a Wanda y ella ya se pondrá en contacto con nosotros.

—Pueden sospechar de ella, no es un miembro de la milicia.

—Tú harás porque no sea molestada —le dijo el alienígena.

El general Udo sabía que no tenía otro camino que obedecer órdenes, él que estaba acostumbrado a dar las; mas, su obsesión por purificar la especie terrícola dejando estrictamente a los miembros de su raza, le había llevado a aquella situación que le molestaba profundamente, pero esperaba que llegara su momento para resarcirse.

También podría llegar el momento en que pudiera deshacerse de los alienígenas, sólo había que dejar tiempo al tiempo.

En lo más hondo de su mente, sabía que más tarde o más temprano los seres langh y él, con sus adictos de raza pura, llegarían a enfrentarse.

El planeta Tierra era grande para que lo habitaran unos cuantos millares de seres, pero demasiado pequeño para soportar a dos especies tan distintas y con inteligencia.

CAPITULO V

Ulises Borj salió del centro de planificación donde todo estaba lleno de planos, no sólo de la superficie de la Tierra y de la Luna sino también del universo.

Allí existían grandes pantallas de televisión en las que podían verse fotografías de cualquier punto del universo, alcanzable con los poderosos teleobjetivos para poderlos estudiar.

Se dirigió al club, necesitaba sacudir su cabeza de tanto número, de tantas coordenadas, de tantos planes.

En su pecho lucía una nueva insignia, era el distintivo del sistema planetario completo, grabado en una placa de plastometal negro y que le identificaba como comandante de la división astronáutica de vigilancia y caza.

Había ascendido en jerarquía, el alto mando había decidido confiarle el mando de todas las naves Scorpio pilotadas por los mejores y los más audaces astronautas de combate, naves que habían sido aligeradas de pesos superfluos y estaban siendo armadas con los más modernos sistemas bélicos.

Mientras los gigantescos bombarderos estaban siendo cargados con bombas termonucleares de acción limpia.

El plan exigido por el venerable político Bodopoulos iba a ponerse también en marcha; no obstante, se daría previo aviso a toda la población mundial a través de la radio y la T.V. para que no cundiera el pánico cuando se produjera el encadenado de gigantescas explosiones termonucleares marinas que, sin duda alguna, habrían de provocar algunos maremotos y también seísmos, aunque estos últimos se calculaba que serían de poca importancia y la población que habitaba cerca de las fallas geológicas, era invitada a abandonar tales lugares en previsión de movimientos telúricos.

Se había preparado una hora para el despegue de los grandes bombarderos.

Los cazas también despegarían para protegerlos por si eran atacados, ya que se ignoraba si los alienígenas invasores se hallaban ya posados en algún punto del planeta y si era así, sería muy fácil que captaran el aviso del inminente bombardeo marino para destruir y descongelar las aguas, aumentando en unos pocos grados la temperatura en las costas.

Tales explosiones también provocarían la aparición de grandes masas nubosas de vapor de agua y fuertes corrientes de aire. Estas nubes se desplazarían en distintas direcciones y dejarían caer el agua al encontrarse en zonas más frías, lo que ayudaría también a calentar la tierra, aunque siempre existía el peligro de que el agua se transformara en nieve y la situación empeorara en determinados lugares.

Los climatólogos no cesaban de hacer cálculos ayudados por las computadoras bioelectrónicas. La gigantesca y fortificada base de la milicia astronáutica de la Confederación Terrícola había entrado en efervescencia. Al fin se había tomado una decisión activa, una decisión que podría traerles algún resultado positivo.

Descubrió a Gloria sentada ante una mesa. Como fondo sonaba una melodía suave, el pequeño escenario estaba vacío.

Había un ambiente de cuchicheo en toda la sala, estaban comentando la inminente entrada en acción del poder astronáutico de combate que poseía la Confederación.

Hasta ahora sólo habían actuado socorriendo las áreas más dañadas por las catástrofes provocadas por la fuerte congelación y ¡a ausencia de sol.

Ya había dejado de ser un secreto el que estaban siendo atacados

por seres extraterrestres y todos los miembros de la milicia astronáutica de la Confederación

Terrícola deseaban entrar en combate para vencerles y salvar del genocidio al planeta.

Estaban preparados para la lucha, no en vano se les había sometido a intensos estudios y entrenamientos.

Ahora, había llegado la hora de la verdad y nadie parecio lamentarse porque los extraterrestres invasores pudieran poseer unas naves de combate con superior tecnología.

El espíritu de supervivencia de la especie había entrado en acción y ni el miedo ni la cobardía podían verse reflejados en ninguno de aquellos rostros.

—¿Cómo va eso, Gloria?

La joven técnico-sanitaria le sonrió, mas no fue una sonrisa espontánea ni alegre, era una sonrisa triste. A Ulises Borj le pareció muy hermosa, especialmente sus ojos verdes que semejaban dos esmeraldas.

—No me siento a gusto descansando sola en la habitación que me han destinado.

—¿No te gusta la soledad?

—Nunca me había importado demasiado la soledad, ahora me hace pensar demasiado. Tenía muchos amigos en la colonia lunar «Cero», amigos y amigas que ahora sólo son polvo cósmico.

—Así es la vida. Mañana, los desintegrados podemos ser nosotros.

—Hay momentos en que pienso que sería mejor, ya no sufriría más.

—No te acorbardes, Gloria.

Le cogió las manos y las apretó dentro de las suyas, más grandes y nervudas, más fuertes y viriles.

Gloria no rechazó aquel contacto que le transmitía fuerza y una energía que a ella parecía faltarle.

—No es tan fácil olvidar. Mientras estaba en la Luna ansiando mi propia supervivencia, notando el hambre en mi estómago, el miedo en

mi garganta y pensando que el oxígeno se acababa, no llegué a pensar en todos mis amigos que habían dejado ya de existir en aquel ataque criminal y sorpresivo.

—Todos estamos perdiendo amigos y familiares. Los seres humanos están muriendo por millones y dejarnos llevar por la congoja y el abatimiento no serviría de nada. Otros muchos seguirán muriendo; hay que levantar el ánimo, rechinar de dientes y prepararse para la lucha.

Gloria no sólo le miró con sus ojos verdes esmeralda sino que le acarició admirativamente con ellos mientras musitaba:

—Tú eres un luchador nato. Todos no tenemos tu energía, tu vitalidad, tu capacidad de resistencia.

—Me abrumas, Gloria.

—La verdad es que he venido aquí a ver si me subía el ánimo.

—Un empleo en la base es lo que te hace falta.

—Ya me lo han ofrecido, en la clínica.

—¿Y lo has aceptado?

—Por supuesto. Me aterra permanecer inactiva, sólo pensando.

—No te puedo pedir que olvides lo que has visto, quizá lo que te aguarde aún sea peor; sólo te pido que luches, que te sumerjas en el trabajo, eso te hará sentir más fuerte y fuerza en el espíritu es lo que necesitamos para luchar contra los invasores, y disculpa si te hablo como un reverendo. Por cierto, ¿dónde está Wanda?

—He ido a su habitación, pero tenía colocado el rótulo de que no la molestaran. He supuesto que estaría durmiendo y he venido sola.

—Parece que Wanda lo ha soportado mejor que tú.

—Wanda es un poco extraña. Todo lo aguanta mejor, el hambre, el miedo, a veces pienso que me gustaría ser como ella.

—Sí, es fuerte. ¿Desde cuándo os conocéis?

—Desde que llegó a la colonia «Cero» en la Luna. Es muy simpática. Bueno, antes quizá lo era más. Trababa amistad en seguida con todos, tiene encanto natural.

—Yo he estado en varias ocasiones en el club social de la colonia «Cero» en la Luna y no la vi.

—¿Cuánto tiempo hacía que no ibas por la Luna?

—Unos meses.

—Posiblemente Wanda llegó después. La verdad es que me gustaría tener su entereza de carácter y su simpatía.

—No tienes por qué envidiarla, cada cual tiene sus propias virtudes y sus propios defectos.

De pronto, Gloria miró hacia el pequeño escenario donde en ocasiones alguien se ponía a tocar un instrumento musical o a cantar simplemente

Allí también solían dirigirse unos compañeros a otros para explicar sus problemas comunes.

—Mira, ahí está Wanda.

Efectivamente, Wanda acababa de aparecer en el pequeño escenario y vestía tan sólo un complet cuyo color era una mezcla de dorado y naranja en forma de escamas, asemejándose a la fina y brillante piel de un hermoso pez.

El complet se ajustaba a su cuerpo como su propia piel. Los senos estaban como sueltos, turgentes, altos, hermosísimos, lo mismo que sus caderas, sus muslos o su vientre prieto y liso.

En la música ambiental habían colocado una versión especial, mitad asiática mitad norteamericana. Tenía algo de islámica o quizá babilónica.

Wanda ondulaba su cuerpo como si éste careciera de huesos. Toda ella era sensualidad viva, sensualidad hecha carne, sensualidad convertida en fuego…

Aquella danza inesperada para todos, a causa de la belleza y el atrayente exotismo de Wanda, atrajo la atención de los presentes. Era como si los hubiera hipnotizado a todos en la sala del club social que bajó su intensidad de luz y aumentó la potencia de los focos que iluminaban a la excepcional danzarina.

Ulises Borj había hablado antes con Wanda en la nave y no había

llegado a darse cuenta del magnetismo que poseía.

Gloria se percató de la atracción que Wanda ejercía sobre los hombres y con un tono que daba a entender que conocía la respuesta de antemano, preguntó:

—Es hermosa, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—En la colonia «Cero» se comentó mucho su belleza y su forma de bailar. Todos los hombres querían su amistad.

—¿Y ella la otorgó a alguien en especial?

—No, a Wanda le gusta la variación e iba cambiando.

—¿Te confesaba sus debilidades?

—No. Aunque parece extrovertida, en cierto modo es muy reservada. No sé cómo se las arregla, pero nunca habla de sí misma, siempre hace que los demás hablen y ella escucha. Quizá ésa sea la base de su éxito entre los hombres además de su belleza, claro.

Ulises Borj tuvo la impresión de que las últimas palabras de Gloria estaban cargadas de resignación. Tendió su mano y cogió una de las de Gloria, estrechándosela.

—Sois distintas pero cada una de vosotras tiene su propio encanto.

Gloria sonrió.

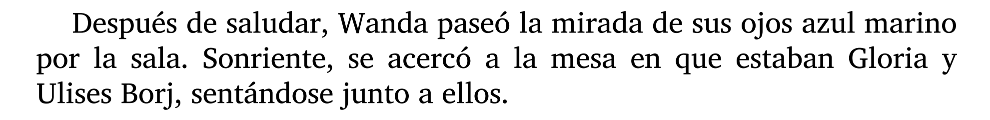
—Pero los hombres os sentís magnetizados por ella —objetó.

Wanda danzaba de una forma tan singular, tan especial, que no se parecía a ninguna otra bailarina conocida a lo largo de la historia del arte de la danza terrícola.

Se diría que poseía el don del hipnotismo y no sólo en su rostro sino en todo su espléndido cuerpo que ondulaba captando a los hombres que no podían evitar desearla.

La música cesó y Wanda saludó inclinando su cuerpo.

Se llevó un aplauso cerrado de cuantos estaban en la sala del club, protegidos del frío criminal que hacía en el exterior de la base.



Después de saludar, Wanda paseó la mirada de sus ojos azul marino por la sala. Sonriente, se acercó a la mesa en que estaban Gloria y Ulises Borj, sentándose junto a ellos.

—Hola.

—Has estado magnífica como siempre, Wanda —le dijo Gloria.

—Eres muy generosa conmigo.

—Yo no había visto danzar a ninguna mujer como lo has hecho tú —opinó el hombre.

—Gracias, Ulises, eres muy amable.

Gloria comentó:

—Ya ha picado también en tu anzuelo.

—Bah, no digas tonterías.

—Admito que eres magnífica, Wanda, pero yo no me como el cebo para tragarme el anzuelo con facilidad.

Las palabras del hombre produjeron un súbito cambio en los ojos de Wanda, un cambio rapidísimo que Ulises Borj captó, pero la boca de la bellísima mujer de largos cabellos rubios sonrió.

—¿Me pedirás que dance a solas para ti?

—¿Sueles hacerlo para otros?

—No sería la primera vez que danzara a solas para un hombre, soy sincera. Me complace agradar a quien creo que lo merece.

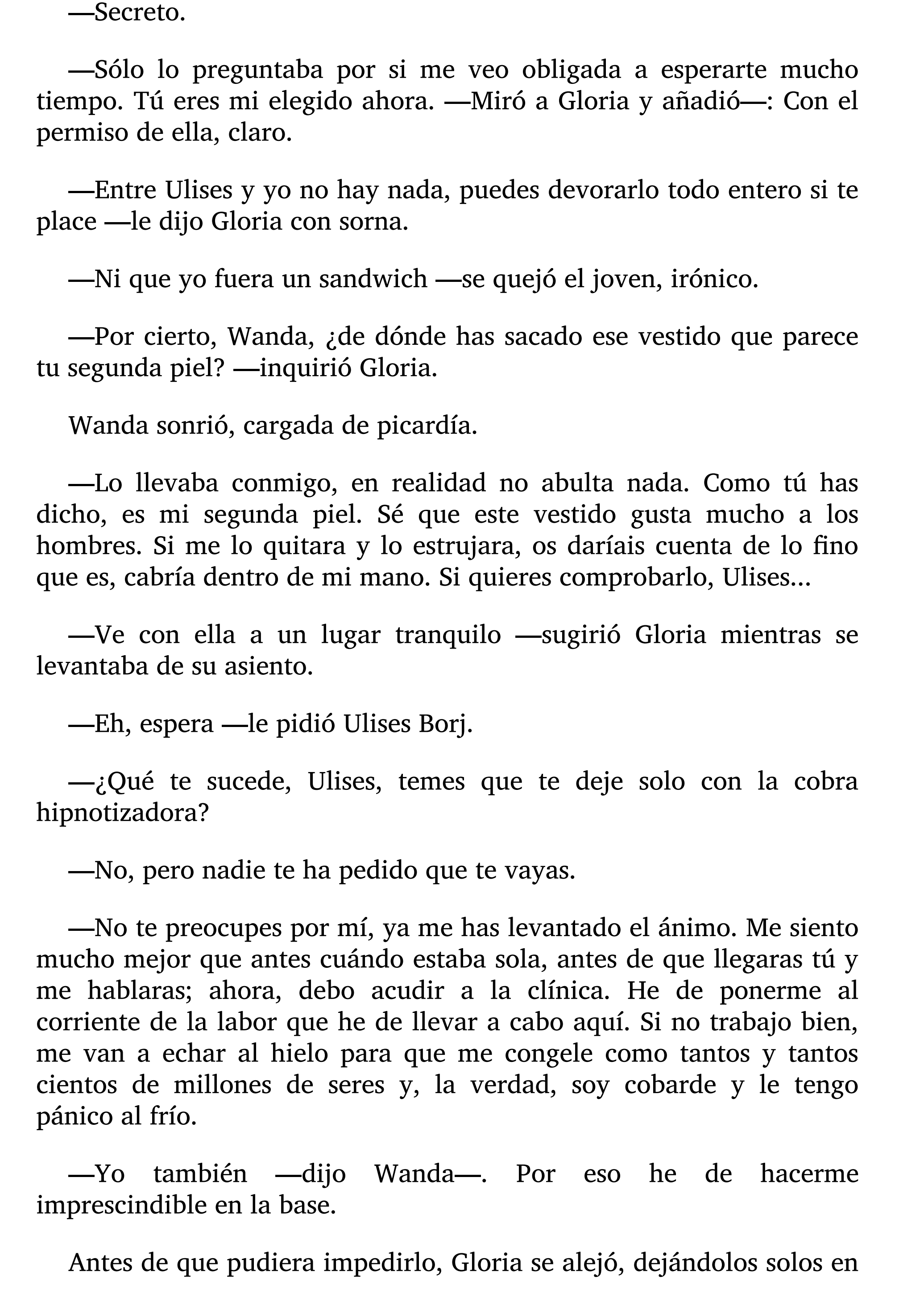
Gloria, viendo que ella quedaba en un segundo plano, preguntó:

—¿Y crees que Ulises lo merece?

—Nos salvó de la Luna cuando nos quedaba poco tiempo de vida. Seguro que merece que dance a solas para él y mucho más.

—Pues, lo siento, pero tengo mucho que hacer.

—Bah —se quejó Wanda alargando su mano y acariciando el rostro varonil—. No me digas que tienes que marcharte con tu nave otra vez a la Luna.



—Tan lejos, no.

—¿Adónde, pues?

—Secreto.

—Sólo lo preguntaba por si me veo obligada a esperarte mucho tiempo. Tú eres mi elegido ahora. —Miró a Gloria y añadió—: Con el permiso de ella, claro.

—Entre Ulises y yo no hay nada, puedes devorarlo todo entero si te place —le dijo Gloria con sorna.

—Ni que yo fuera un sandwich —se quejó el joven, irónico.

—Por cierto, Wanda, ¿de dónde has sacado ese vestido que parece tu segunda piel? —inquirió Gloria.

Wanda sonrió, cargada de picardía.

—Lo llevaba conmigo, en realidad no abulta nada. Como tú has dicho, es mi segunda piel. Sé que este vestido gusta mucho a los hombres. Si me lo quitara y lo estrujara, os daríais cuenta de lo fino que es, cabría dentro de mi mano. Si quieres comprobarlo, Ulises...

—Ve con ella a un lugar tranquilo —sugirió Gloria mientras se levantaba de su asiento.

—Eh, espera —le pidió Ulises Borj.

—¿Qué te sucede, Ulises, temes que te deje solo con la cobra hipnotizadora?

—No, pero nadie te ha pedido que te vayas.

—No te preocupes por mí, ya me has levantado el ánimo. Me siento mucho mejor que antes cuándo estaba sola, antes de que llegaras tú y me hablaras; ahora, debo acudir a la clínica. He de ponerme al corriente de la labor que he de llevar a cabo aquí. Si no trabajo bien, me van a echar al hielo para que me congele como tantos y tantos cientos de millones de seres y, la verdad, soy cobarde y le tengo pánico al frío.

—Yo también —dijo Wanda—. Por eso he de hacerme imprescindible en la base.

Antes de que pudiera impedirlo, Gloria se alejó, dejándolos solos en

la mesa.

Los demás hombres que se hallaban en la sala del club, envidiaron al mayor Ulises Borj. Cualquiera de ellos hubiera deseado gozar de la compañía que él tenía, mas no era fácil arrebatársela, por varios motivos.

Uno de ellos es que Ulises Borj tenía mucha aceptación entre las mujeres; había subido en el escalafón de mando y era un sujeto varonil, duro y apuesto, muy atractivo desde el punto de vista de las chicas y no eran pocas las que lo admiraban. Y lo segundo y principal era que, además de haber sido el salvador de Wanda, lo que se sabía en toda la base, ésta parecía buscarle a él.

—Wanda, es una suerte que seas tan magnífica danzarina.

—¿Lo dices porque así no se atreverán a echarme de la base?

—Puede. No está en mi mano que te quedes aquí. Este es el último reducto terrícola y también el más protegido. Hay muchos seres, incluso niños, que mueren congelados en el exterior.

—Supongo que la junta de comandancia general ha aplicado el reglamento de la base estrictamente, porque aunque se salvaran unos cientos de niños recluyéndolos aquí, afuera morirían por millones.

—Sí, eso es. No estamos en un hospital y no podemos salvar a todos, ni siquiera a una millonésima parte de los que van a morir, pero tampoco estamos recogidos aquí como seres privilegiados para subsistir después de la tragedia.

—¿Ah, no?

—No, no somos, los elegidos para sobrevivir sino para luchar. Cuando llegue el momento, hemos de ser los primeros en dar nuestra vida en el combate.

—Pero estáis muy bien en este club.

—Tampoco se puede salir al exterior a pelear estúpidamente contra un enemigo que no vemos, que ignoramos dónde se esconde y de qué armamento dispone. Somos una milicia organizada y bien dotada de armas, no atacaremos como si fuéramos una horda de bárbaros sino estratégicamente.

—¿Y cómo será esa estrategia?

—No hagas demasiadas preguntas, Wanda, o podrían ponerte al otro lado de las puertas de la base y allí se está por debajo de los cuarenta grados Celsius negativos.

—¿No habría piedad para mí?

—No, no la habría. Para que esta base funcione y esté lista para entrar en acción y resultar efectiva, tiene que ser dura, despiadada, es como si nos hubiéramos revestido de una capa aislante de los sentimientos. Es la única forma de soportar que fuera de aquí mueran millones y millones de seres por congelación y falta de alimentos. ¿Crees que de otra forma lo podríamos soportar?

—No, me parece que no.

—Muchos de los que aquí están tienen familia afuera, seres queridos, padres, hermanos, incluso esposas e hijos.

—¿Y permanecen aquí mientras ellos mueren?

—Sí, éste es un lugar de servicio en la milicia. Si desertaran, ellos también morirían y dejarían un hueco difícil de llenar porque han sido especialmente preparados para defender a la especie terrícola de cualquier invasión alienígena.

—Hasta ahora no se han conseguido buenos resultados.

—Es que ignorábamos que éramos atacados, sólo se sabía que el planeta había quedado envuelto por un extraño y desconocido polvo cósmico. Los científicos pensaban que era algo natural que, desgraciadamente, había sido atraído por la gravedad terrestre y que por algún desconocido fenómeno se encontraba. a cierta distancia en vez de caer sobre la superficie del planeta, que hubiera sido lo mejor.

—Comprendo que hayan medidas estrictas, por eso deseo ser útil aquí dentro, no quiero morir.

—No dejaré que mueras, Wanda.

Ella semejó sonreírle con sus bellos ojos de intensa tonalidad azul.

—Estoy segura de que cuidarás de mí si me salen dificultades.

—Dalo por seguro y ahora, ¿qué te parece si nos vamos de aquí?

—¿Adonde?

—Tenemos un jardín, no es muy grande. En principio, se hizo como lugar de experimentación por si había que sobrevivir durante años en era glacial y ahora lo utilizamos como lugar de relajamiento. Es un sitio hermoso, ya no queda nada igual en todo el planeta.

—Pues vamos a ver qué tal es ese jardín.

Abandonaron el club.

Las miradas de hombres y también de mujeres les siguieron. La figura dorado-anaranjada de Wanda llamaba la atención, semejaba una sirena desnuda.

Su belleza era tan atractiva como singular.

Todos los hombres que posaban sus ojos sobre ella la deseaban y hubieran hecho cualquier cosa por acostarse con ella, mas era el mayor Ulises Borj, nuevo comandante en jefe de las escuadrillas de la flota de observación de caza astronáutica, quien se la llevaba.

Penetraron en un ascensor de cabina cilindrica y puerta de cristal. Borj tecleó en el cuadro de botones y el cilindro descendió a gran velocidad hacia las entrañas de la Tierra, como si se introdujeran en la sima más profunda y tenebrosa, solo que la luz de la propia cabina mitigaba esta sensación desagradable.

Al fin, la cabina se detuvo. Se abrió la puerta y frente a ellos apareció un vasto espacio de verdor. Los aromas de las flores llenaban de fragancia el ambiente algo húmedo.

Wanda parpadeó al ver aquella especie de invernadero gigante cuyo techo estaba pintado de azul celeste.

Unas lámparas colocadas estratégicamente regulaban el calor y la radiación ultravioleta para que las plantas pudieran vivir. El ecosistema era perfecto. Oxígeno, nitrógeno, grados de temperatura y humedad, todo estaba regulado por el propio ordenador central de la base.

—Parece increíble que este edén pueda estar a más de mil metros de profundidad en las entrañas de la Tierra, ¿verdad?

—Sí, sí lo es. Jamás lo hubiera sospechado.

—Es más grande de lo que parece a simple vista. Se trata de una gran cueva natural a la que se le hicieron unos retoques para

adaptarla. Ya ves, hay caminos para pasear entre los setos de plantas y flores, bancos para descansar. Cuando nos sentimos agobiados, venimos aquí abajo a meditar. Incluso hay animales sueltos.

—¿Animales?

—Sí, ánades, pavos reales, unos cuantos animales que pueden vivir sin molestarse los unos a los otros. Y ya ves, hay árboles de considerable altura y se guardan semillas, esporas y esquejes de más de diez mil especies de plantas distintas.

—¿Para qué?

—Estamos convencidos de que la era glaciar terminará. Entonces volveremos a salir a la superficie y repoblaremos lo que haya quedado destruido. Ese animal inteligente que es el hombre tiene, un gran poder de autodestrucción, pero también posee la virtud de pensar y reconstruir lo destruido, aunque en esta ocasión no hayamos sido nosotros los culpables de la congelación del planeta, sino los alienígenas que tratan de exterminarnos para quedarse luego ellos con un planeta muerto.

—¿Y para qué querrían un planeta muerto?

—No lo sé, quizá para descongelarlo después y habitarlo ellos. Ignoramos cuáles son sus propósitos pero, sean cuales fueren, no triunfarán.

—¿Crees de verdad que podrás vencerlos?

—No he de hacerlo yo sino todos nosotros. Hablas como si estuvieras al margen —le observó Ulises Borj.

Ella sonrió, como cogida en falta, y se disculpó.

—Bueno, como yo no pertenezco a la milicia astronáutica. Lo único que puedo hacer es relajaros, lo mismo que hace este jardín cuando acudís a él.

Ulises Borj la cogió de la mano y echó a andar entre los senderos.

A derecha e izquierda, plantas selectivas, árboles frondosos, monos chillando, encaramados en las altas ramas.

Paseando por aquel jardín artificial se llegaba a olvidar que estaban a más de mil metros de profundidad en las entrañas de la Tierra, a

salvo de la glaciación que todo lo asesinaba a su paso.

El jardín poseía una extensión de varias hectáreas. Ulises Borj invitó a Wanda a sentarse en un banco que quedaba recogido bajo un frondoso roble y ella no puso reparos.

Ulises colocó su mano sobre el suave y bien formado muslo de la muchacha y ella se quedó quieta, aceptando la caricia.

—¿No estás unida a ningún hombre?

—No —denegó ella, casi en un susurro.

—Pero, ¿has amado a muchos?

—¿Es importante eso?

—Soy un idiota. Debería de ser frío, racional, pero me he enamorado de ti y no me gusta que hayas amado a otros hombres.

—Pues sí, los he amado. No soy doncella, aunque cuando me aman por primera vez todos dicen que doy la sensación de serlo.

—Eres la mujer más hermosa y enigmática que he conocido jamás.

—Tú has nacido para luchar y yo para que los hombres se sientan felices haciéndome suya.

—¿Los?

—Sí.

—¿Por qué no yo solo?

—Eres un egoísta, Ulises. La felicidad que pueda brindar a otros no te la quito a ti.

—¿Quieres decir que eres incapaz de amar a un solo hombre?

—Por ahora, sí.

—No serás una ninfómana...

—No, no se trata de eso, aunque me gusta complaceros, soy débil ante la tristeza de un hombre. —Le cogió la mano y se la subió por la pierna—. Acaricíame, acaricíame mejor, yo seré feliz pero tú también. Sé que te gusta palpar mi cuerpo. El vestido que llevo no es ninguna

traba, es como si fuera piel y si quieres, me lo quito.

Ulises Borj notó entre sus manos aquellos pechos altos, perfectamente redondos y duros.

Se inclinó sobre Wanda y bajo el follaje del frondoso árbol, la besó en los labios. De pronto, experimentó la más extraña sensación de su vida. Un súbito e inexplicable rechazo le hizo retroceder, apartase de ella.

—¿Qué te pasa, Ulises?

El hombre se puso en pie, estaba desconcertado consigo mismo, con su inesperada reacción.

—Perdona, Wanda. Tu proximidad me hace perder la cabeza, pero no puedo olvidar que dentro de breves instantes he de entrar en servicio.

CAPITULO VI

La Scorpio-111 estaba dispuesta para salir por uno de los túneles que conducían al exterior. No era la única salida, otras naves semejantes a la suya se hallaban listas para abandonar la casa.

El plan combinado iba a entrar en acción.

Los bombarderos buscaban también sus salidas camufladas. El gran panel de mandos de la sala de control general no hacía más que encender y apagar luces; dos docenas de hombres permanecían atentos a aquellas luces parpadeantes, interpretando los mensajes.

—Mayor Borj, comandante en jefe de la flotilla de caza y observación solicita permiso para abandonar la base.

El general coordinador en persona respondió:

—Permiso concedido.

Simultáneamente se abrieron ocho salidas y las Scorpio-111 fueron apareciendo por distintos puntos de la cordillera montañosa en la que se hallaban.

Los motores fueron adquiriendo fuerza para que las naves emprendieran el vuelo dentro de la atmósfera.

El plan combinado era buscar y atacar al enemigo invasor dondequiera que se le encontrase.

Las naves de la milicia astronáutica de la Confederación Terrícola

se elevaron dentro de la atmósfera en un vuelo entrecruzado, como formando una red que cubriría todo el planeta. Nada quedaría por vigilar del cielo que envolvía a la Tierra.

El mayor Borj se pasó varias veces el dorso de la mano por los labios, como si tratara de borrar una sensación que le producía angustia, una sensación altamente desagradable que no conseguía quitarse y no comprendía su actitud después de haber besado a Wanda, tan bella y atractiva, tan deseada, tan cariñosa y sensual.

Desde los distintos continentes le iban lanzando mensajes de radio, mensajes llenos de angustia y petición de auxilio. La Scorpio tenía la orden estricta de no responder a ninguno, cualquier mensaje lanzado desde las astronaves podría ser captado por los enemigos de la civilización terrícola.

Tras comprobar que no había posibles enemigos volando en la atmósfera terrestre, Ulises Borj lanzó el mensaje en clave.

A partir de recibir aquel mensaje, alzaron el vuelo los superbombarderos astronaúticos con capacidad para abandonar la Tierra y bombardear alguna zona de Marte o Venus, pero en aquella ocasión sólo iban a bombardear el propio planeta Tierra.

Jamás el globo terráqueo sufriría un bombardeo tan masivo y potente como el que iba a recibir en aquellos momentos en la trágica lucha contra el frío que como un sudario de muerte trataba de envolver a toda la humanidad.

Los bombarderos, con sus cargas termonucleares de altísima potencia, despegaron en busca de los siete mares.

Todos tenían en sus computadoras el momento justo en que debían dejar caer sus bombas y las coordenadas exactas para que explosionase justo en las corrientes marinas estudiadas previamente en el centro de control y planificación. La operación debía ser simultánea para que alcanzase la efectividad deseada.

Cada bombardero buscó su objetivo mientras los números digitales descendían en sus relojes conectados con el centro de operaciones coordinadas.

Al fin, llegó la hora cero y las compuertas se abrieron. Las potentísimas bombas cayeron hacia las aguas saladas desde veinte mil metros de altura.

Las explosiones múltiples semejaron ser sólo una y toda la Tierra tembló.

Millones de seres escucharon como un rugido bestial, un rugido superior a todo lo conocido, como si el propio planeta acabara de ser herido de muerte y poseedor de vida propia, estuviera recibiendo cuchilladas y se debatiera, negándose a morir, mientras la sangre, ahora agua salada, saltaba a borbotones torrenciales en derredor. Verdaderas montañas de agua hirviente se elevaron por encima del nivel normal de los océanos. Columnas de espeso y abrasivo vapor de agua treparon hacia los cielos negros como si se dispusieran a sostener un techo imaginario.

Tras elevarse hacia lo alto, las montañas de agua se hundieron formando verdaderos cráteres y la presión de las aguas se expandió en todas direcciones.

Las grandes masas de hielo que se hallaban cerca de las costas se quebraron, se hicieron pedazos, se fragmentaron.

Donde sólo unos minutos antes todo era quietud porque las olas batían bajo los hielos, ahora los propios hielos rotos, transformados en rocas, saltaban unos por encima de otros batiendo la costa.

Los océanos rugían y en sus profundidades, millones de seres acuáticos desaparecían cocidos o disueltos ya como proteínas trituradas en las propias aguas hirvientes.

Pronto, todos los seres humanos que habían buscado las orillas de los mares y océanos como lugares cálidos dentro de lo glacial que era todo, pudieron ver cómo los hielos se derretían en parte y las olas volvían a espumear en las playas; pudieron verlo gracias a sus luces artificiales porque el sol continuaba oculto tras el manto negro que envolvía a la Tierra por encima de su atmósfera.

A falta de los satélites meteorológicos artificiales que habían sido destruidos, según comprobara el propio mayor Ulises Borj, los bombardeos, tras lanzar sus cargas termonucleares para calentar de forma violenta y casi brutal los océanos y mares, comenzaron a confeccionar un mapa marino fotográfico con cámaras de infrarrojos para mejor controlar los resultados de la «Operación Vulcano».

Mientras los bombarderos confeccionaban el mapa termornarino, iban lanzando al aire en distintas formas de telecomunicación la explicación de lo que acababa de suceder para que no cundiera el pánico entre la población mundial.

Lo que había sido un secreto militar operativo ya dejaba de serlo y la población civil se beneficiaba de aquel calor conseguido casi a la desesperada mediante bombas termonucleares explosionadas bajo las aguas.

El agua caliente no tardó en llegar a las playas y cientos de millares de seres salieron a recibirlas como si apareciera el mismísimo sol ante sus ojos, aunque esto último estaba aún muy lejos de conseguirse.

La mitad de las naves de combate Scorpio-111, comandadas por el mismísimo Ulises Borj, elevaron sus proas y se enfrentaron con el manto negro, perforándolo por distintos lugares.

El sol, la luna, las estrellas, los planetas del sistema solar, todo apareció a los ojos privilegiados de los astronautas de la milicia tras el siniestro manto negro compuesto por finísimas partículas de carbón mezcladas con el desconocido metal.

—U.B. llamando a camada; U.B. llamando a camada, numerarse... U.B. llamando a camada; U.B. llamando a camada, numerarse...

La orden lanzada al espacio por Ulises Borj fue captada por el resto de astronautas que habían perforado el manto negro saliendo al espacio libre.

De inmediato, fueron entrando en el computador de la nave comandante las identificaciones que fueron debidamente codificadas. Borj no tardó en suspirar, tranquilo.

—Todos están bien. ¡ Adelante con el plan peinado, adelante con el plan peinado!

Las Scorpio volaron en distintas direcciones rodeando la esfera negra que envolvía al planeta, buscando posibles naves enemigas al tiempo que realizaban una inspección de los satélites artificiales que no habían sido destruidos.

La luna, flotando lejana en el espacio, controlada por la gravedad terrestre, giraba en torno al planeta y se veía blanca en un hermoso plenilunio que los habitantes de la Tierra no podían ver.

CAPITULO VII

El general Udo se trasladaba en uno de los pequeños vehículos eléctricos que circulaban por las entrañas de la base sin contaminar.

La suma de las galerías eran decenas y decenas de kilómetros bajo la cordillera montañosa. Por su jerarquía, el general Udo no tenía limitación alguna, ningún lugar de la base miliciana le estaba vedado.

Arribó con su vehículo a uno de los talleres de mantenimiento. Todo parecía normal allí. Unos servidores de la base reparaban cuanto se averiase y el recinto también servía de almacén para los artilugios más raros.

El capitán Shorenson, que estaba al mando de aquella unidad de mantenimiento, saludó al general Udo.

Este, tras corresponder al saludo, ordenó:

—Cierre la puerta, capitán, hay corriente de aire.

El capitán Shorenson se acercó a la puerta metálica y la cerró, asegurándose de que no pudiera abrirse desde el exterior.

En el taller de mantenimiento había ocho hombres y diez mujeres.

—¿Todo está bien aquí, capitán?

—Sí, mi general, todo está bien —asintió el jefe de la unidad.

—¿Cómo están las telecámaras de observación?

—Como si aquí no hubiera nadie, mi general.

—Bien, muy bien. No quiero que mi imagen sea captada en este recinto.

—No tomarán su imagen, mi general.

—¿Y no sospecharán en el centro de control porque aquí no se vea a nadie?

—Dentro de veintisiete minutos la telecámara ofrecerá imagen de este lugar pero será imagen ya filmada.

Shorenson dio una orden simplemente con la mano y una pantalla se situó frente a una de las telecámaras de control. En la pantalla aparecieron ellos mismos trabajando con toda normalidad.

—Magnífico, no notarán nada.

—Estamos cumpliendo sus órdenes, mi general.

—No esperaba menos de ustedes. Somos los elegidos. Ha llegado el momento de purificar la especie humana, sólo sobreviviremos los de raza pura, nuestra raza, nadie más.

—Eso será difícil, mi general —objetó el capitán Shorenson mientras los demás miembros del equipo escuchaban en silencio.

—No será difícil, esta vez tenemos ayuda para conseguirlo. Lo que

menos imaginaba, ni yo ni nuestros ancestros, era que la purificación se haría con hielo cuando siempre hemos pensado en el fuego, el destino tiene estas paradojas. La especie terrícola humana se ha ido degradando y degradando con tantos cruces de razas, pocos somos los puros. La gran mayoría, esos que estarán muriendo en el exterior como ratas congeladas, están tan mezclados que sería imposible averiguar de qué razas proceden. Son mil veces bastardos y no merecen sobrevivir, ensucian el planeta.

—Existen otros hombres y mujeres puros como nosotros, mi general —le observó el capitán Shorenson.

—Lo sé —suspiró con pesar—, pero todos no vamos a poder salvarnos. Cualquier guerra cuesta un sacrificio, en este caso un gran sacrificio. Cuando todos desaparezcan, el planeta será nuestro.

—¿Y los extraños?

—No nos molestarán, habrá sitio para ellos y para nosotros. No nos mezclaremos con esos seres de Langh, pero pueden enseñarnos muchas cosas, su tecnología es muy superior a lo que conocemos y están dando buena prueba de ello.

—Y cuando todos los seres degradados e impuros del planeta hayan muerto y los extraños quiten el manto negro que nos congela, ¿no seremos atacados por ellos?

—No, nosotros somos sus aliados y vamos a demostrárselo. Sin nosotros, esta invasión se prolongaría en exceso, lo que no conviene a nadie.

—¿Y qué garantía tenemos de que nuestras vidas serán respetadas al final, mi general?

—¿Garantías? —sonrió con sarcasmo—. Ellos conseguirán la invasión total, eso es un hecho, incluso tienen miembros suyos dentro de la base.

Aquella noticia sorprendió a los adictos al general Udo que cambiaron miradas entre sí. El capitán Shorenson quiso confirmar lo que acababa de oír.

—¿Quiere decir, mi general, que dentro de la base hay seres de Langh invasores?

—Sí.

—Parece increíble... ¿Cómo han logrado pasar los controles?

—Son muy listos. Saben que tienen la invasión ganada de antemano, lo que no quieren es un enfrentamiento abierto para evitar pérdidas en naves y en seres. De todos modos, si llegara a tener lugar ese enfrentamiento, ellos ganarían. Si no nos aliamos con ellos, toda la especie terrícola desaparecerá, no quedaría ni un terrícola vivo. Si colaboramos con ellos, nos salvaremos nosotros, los puros de raza, los auténticos homo sapiens sin degradar. Cuando comprendí que había que elegir entre la desaparición total de la especie terrícola de la que formamos parte o la supervivencia como grupo minoritario, no dudé en la elección y seleccioné a los mejores que sois vosotros, y que nadie piense que somos traidores. Seremos los supervivientes porque el resto está condenado a la desaparición. Dentro de poco, cuando los seres de Langh hayan dado por concluida la invasión, el planeta Tierra se convertirá en un gigantesco pudridero de cadáveres. De todos modos, hace siglos que sobre el planeta somos demasiados. La llegada de los seres de Langh va a purificar una humanidad corrompida y degradada. Es cierto que cuando reaparezca el sol y los hielos se fundan seremos un pequeño grupo, pero toda la tecnología está a nuestro alcance y sobreviviremos no partiendo de la prehistoria sino desde los conocimientos que ya poseemos. Nuestro grupo aumentará, ninguno de nuestros hijos se perderá. Es la gran oportunidad de nuestra raza, pero nada podemos decir porque de inmediato seríamos considerados como enemigos por quienes están condenados a morir, aunque ellos crean que todavía les queda alguna oportunidad de salvación.

—Todos nosotros estamos con usted, mi general.

—Lo sé, capitán Shorenson, hace mucho tiempo que ejerzo el mando y sé elegir a los mejores.

Aquel grupo, insolidario con el resto de la especie terrícola, impura, bastarda y degradada según ellos, saludaron de acuerdo con su forma y norma a su líder el general Udo.

Después, el capitán Shorenson le pidió:

—Sígame, mi general, verá nuestra labor.

El capitán Shorenson se dirigió hacia unos armarios y éstos se desplazaron como sobre un eje.

Quedó al descubierto una compuerta que daba acceso a una sala excavada en la roca. Allí había otros hombres y mujeres armados, trabajando en artefactos electrónicos.

Junto a una de las paredes, habían cajas llenas de los artilugios que ellos fabricaban. Al ver al general Udo, todos los allí reunidos saludaron a su líder de la misma manera.

—¡Sentaos!

Todos reanudaron su trabajo.

El capitán Shorenson tornó uno de los artilugios acumulados en las cajas y lo mostró al general Udo.

—Son pequeñas bombas nucleares. Ni una sola ni diez juntas afectarían demasiado a esta base construida a prueba de bombardeos atómicos, pero varios cientos de ellas, colocadas estratégicamente, hundirán la base por completo.

El general Udo sopesó en su mano el pequeño ingenio electrónico y preguntó:

—¿Seguro que funcionarán?

—Puede usted confiar en ello, mi general. Las hemos probado con los detonantes, sin la carga nuclear, por supuesto.

—¿Y no notarán a faltar la carga nuclear?

—No, mi general. La minicarga nuclear la estamos obteniendo de las pequeñas pilas autónomas y tenemos una provisión de miles de ellas, sólo había que hacer la transformación.

—¿Han establecido un plan de distribución?

El capitán Shorenson señaló a una de las mujeres que allí trabajaban.

Esta encendió una pantalla y aparecieron unos planos en los que ya había unas cruces marcadas.

—Fíjese, mi general, esas cruces rojas son los puntos de colocación: conducciones de aire, puertas, conducciones eléctricas, depósitos de combustible… —Pasó otro mapa y señaló su centro.

El general Udo lo reconoció de inmediato.

—Ese es el ordenador central de la base.

—Así es, mi general.

—No quiero que el ordenador central se destruya.

Cuando todo termine, puede sernos muy útil su memoria.

—Hemos pensado en ello, mi general. Fíjese, las cruces o lugares de colocación de las bombas, están alrededor y no en el propio ordenador. Lo qué sucederá es que el ordenador quedará bloqueado y no podrá ser utilizado hasta pasado un cierto tiempo y, en la confusión, el resto de la base se vendrá abajo.

—Lo que hay que impedir es que las naves de combate puedan salir de la base para hacer frente a los seres de Langh.

—No podrán salir, mi general, las explosiones destruirán las compuertas de salida y producirán derrumbes de techumbres, lo que hará imposible que las naves salgan a combatir. Todo está previsto.

—Sólo falta la colocación de estas cargas —objetó el general Udo.

—Algunas de ellas ya están siendo colocadas, mi general.

—¿No hay peligro de que sean descubiertas antes de tiempo?

—Se ponen con sumo cuidado en puntos donde no puedan ser descubiertas fácilmente.

—Bien, capitán Shorenson, veo que piensa en todo, pero ¿y el teledetonante?

De uno de sus bolsillos, el capitán Shorenson sacó una linterna de apariencia vulgar, una linterna de potente luminosidad y pequeño volumen aunque algo más pesada que el resto de las linternas.

—Tome usted el teledetonante, mi general.

El general Udo miró la linterna en su mano. Era menor que una pastilla de jabón plana.

—¿Cómo se activa?

—Abrala, mi general.

El general movió el resorte para abrir la caja. La pila interior era más pequeña y en el espacio sobrante había un microemisor muy especial y sofisticado.

—¿Es esta llave que hay aquí?

—Sí, mi general. Muévala noventa grados hacia la derecha y habrá activado el teledetonante.

—¿Sólo hay éste?

—Sí, mi general. Es para que usted y sólo usted controle la explosión de las cargas estratégicamente colocadas.

—¿Se activarán todas al mismo tiempo?

—Sí, mi general, todas al mismo tiempo. La onda lanzada por este teledetonante hará explosionar las cuatro o cinco cargas más próximas. AI mismo tiempo, estas cargas enviarán señal a las demás que están colocadas de forma adecuada para que la onda se propague simultáneamente. Desde la explosión de la primera carga a la última, no habrá una variación de más de dos o tres segundos de diferencia.

El general Udo cerró la linterna, volvió a sopesarla y opinó:

—Un trabajo excelente, capitán Shorenson. Seguirán recibiendo órdenes mías, tengan listos los trajes de protección contra el frío. Ya sabe cuál es la ruta a seguir cuando escapemos de aquí y la base se hunda.

—Sí, mi general. Conocemos perfectamente la situación de los refugios secretos que nos proporcionarán suministros y víveres.

—Perfecto, nada puede fallar.

El general Udo abandonó el área de mantenimiento controlada por sus adictos que seguían fabricando los explosivos para hundir la base miliciana astronáutica, la única fuerza capaz de enfrentarse a los invasores langh.

Montó en su vehículo y abandonó aquel lugar, perdiéndose entre el dédalo de túneles.

CAPITULO VIII

El joven ingeniero Talbot se acercó a la clínica justo cuando Gloria salía de ella tras completar su turno laboral.

—Hola, Gloria.

—Ah, Talbot, ¿cómo te va en la base?

—Bien. Por lo menos, aquí no nos congelamos.

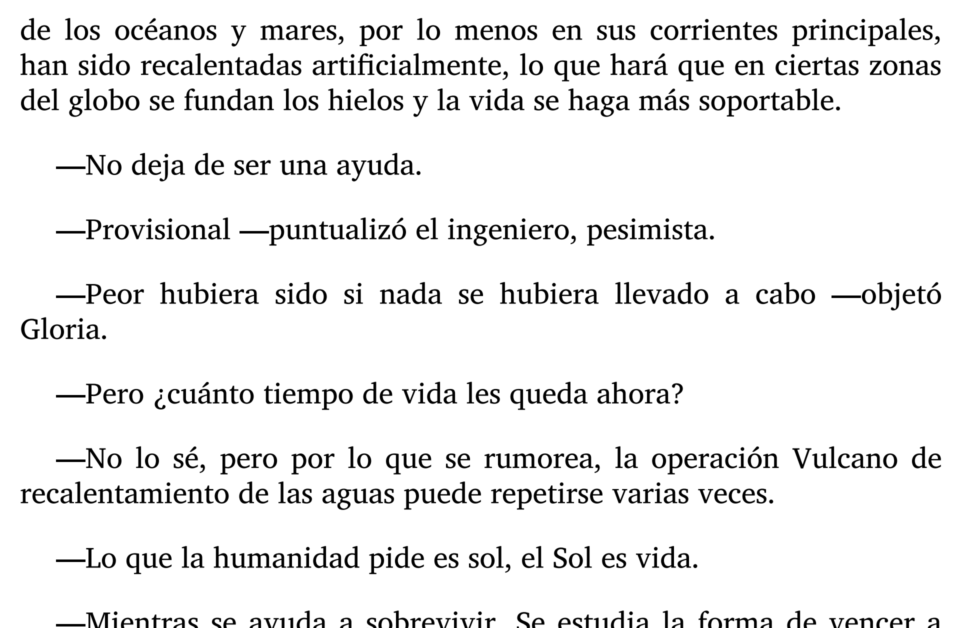
—Debemos la vida a Ulises Borj.

—Sí, primero nos salvó la vida en la Luna y ahora estamos aquí gracias a él mientras millones y millones de seres mueren congelados.

—No cabrían en este lugar que no deja de ser reducido, pero sé que están haciendo lo posible y lo imposible por mejorar la situación de los que se hallan afuera.

Mientras caminaban por el amplio y bien iluminado túnel, Talbot admitió:

—Sí, ya hemos sido enterados de la operación Vulcano. Las aguas



de los océanos y mares, por lo menos en sus corrientes principales, han sido recalentadas artificialmente, lo que hará que en ciertas zonas del globo se fundan los hielos y la vida se haga más soportable.

—No deja de ser una ayuda.

—Provisional —puntualizó el ingeniero, pesimista.

—Peor hubiera sido si nada se hubiera llevado a cabo —objetó Gloria.

—Pero ¿cuánto tiempo de vida les queda ahora?

—No lo sé, pero por lo que se rumorea, la operación Vulcano de recalentamiento de las aguas puede repetirse varias veces.

—Lo que la humanidad pide es sol, el Sol es vida.

—Mientras se ayuda a sobrevivir, Se estudia la forma de vencer a los invasores.

—Por lo que he oído, no han encontrado ni rastro de ellos.

—Están escondidos esperando que muramos por congelación. Ese es su verdadero plan, exterminarnos sin luchar abiertamente.

—Pues en la Luna se dejaron ver.

—Porque pudieron atacar por sorpresa. La Luna no poseía las defensas que sí existen en esta base.

—Me gustaría saber cuántos son y cuáles son sus auténticas posibilidades si se enfrentan a nuestra fuerza miliciana astronáutica.

—Eso es lo que desearían saber en el alto mando, Talbot.

—Mientras hay vida hay esperanza, ¿no? —sonrió, un tanto irónico.

—Sí, y mientras haya hombres como el mayor Ulises Borj yo creeré en esa esperanza.

—Le amas, ¿verdad?

Ella esbozó una sonrisa triste.

—La mayoría de las mujeres que estamos en la base le admiramos.

—Y a los demás, que nos parta un rayo...

—Vamos, vamos, Talbot, no es para tanto. Después de todo, el mayor Borj ya tiene a su elegida.

—¿Ah, sí, a quién?

—Wanda.

—Bah, no hace mucho la he visto haciéndole arrumacos a un general.

—No puede ser.

—Sí puede ser. Esa se terminará, acostando con el mismísimo mariscal Agares y no me extrañaría que acabara haciéndole bailar al honorable Bodopoulus.

—Hablas de ella como si fuera, como si fuera...

—Una furcia —completó sin ambages.

—No tienes derecho a decir eso de ella, Talbot.

—¿Ah, no? ¿No decías tú que tenía algo que ver con el mayor Borj?

—Sí, pero... Tengo prisa, Talbot.

—Está bien, está bien. Mira, yo sólo quería decirte…

—¿Qué?

Ante el tono apremiante de Gloria, Talbot suspiró y se resignó.

—No, nada. Bueno, si ves al mayor Borj dile que me gustaría charlar con él. Desde que lo han nombrado comandante de la flotilla de combate y observación está inaccesible.

—Es lógico, tiene mucho que hacer y muchas responsabilidades sobre sus espaldas.

—No creas que le tengo manía, todo lo contrario, le debo la vida y no pienso olvidarlo jamás.

—Lo sé, Talbot. Disculpa si he empleado algún tono inadecuado, estoy fatigada.

—Yo había venido por si querías venir a la sala de pantalla colectiva. Hacen algunos divertimientos que no están mal, he leído la programación y podemos pasarlo bien.

—Gracias… Talbot, en otro momento, ahora me siento cansada.

Talbot se resignó y se separaron,

Gloria fue directamente a su pequeño habitáculo donde se duchó y cambió de ropa. Parecía imposible disponer de agua caliente en un mundo donde los seres morían por millones, congelados, pero de nada hubiera servido que ella abandonara la base para unirse a los que agonizaban. Allí en la base no se regateaban esfuerzos tratando de vencer a los invasores.

Sintiéndose mejor, fue al comedor. En una de las mesas descubrió al mayor Borj, estaba solo y pensativo.

Gloria llenó su bandeja con lo que deseaba tomar y con ella en las manos se acercó a la mesa del hombre.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó.

—Cómo no, Gloria, tu compañía es un placer para mí.

La joven depositó la bandeja sobre la mesa y se dispuso a comer mientras hacía un comentario.

—Se dice en la base que la operación combinada ha sido un éxito.

—Un éxito sólo en parte —puntualizó él.

—¿No estás satisfecho de la operación Vulcano?

—De la operación Vulcano sí, aunque yo no era el comandante de la misma, sólo estaba con la flota de caza y observación protegiendo a los bombarderos, no fueran objeto de algún ataque sorpresa.

—Dicen que gran parte de los hielos flotantes en los mares se han fundido y si el agua se ha calentado, habrá sido un alivio para ios que sufren el rigor de los fríos glaciares.

—Sí, sobrevivirán más tiempo, pero poco a poco, por falta de sol, el agua volverá a enfriarse.

—Pero, la operación Vulcano puede repetirse, ¿no?

—La operación Vulcano no es ilimitada, la reserva de bombas termonucleares no es tan grande como se piensa.

—Hablas insatisfecho.

—Es que lo estoy. Hubiera preferido encontrar a los invasores alienígenas, y no hemos descubierto ni rastro de ellos pese a que se han dedicado a destruir sistemáticamente nuestros satélites artificiales; Sé que están cerca de nosotros, en alguna parte, pero ¿dónde, dónde?

—Calma, Ulises.

—¿Mientras millones de seres pierden sus pies y sus manos y mueren congelados me pides calma?

—Terminarán por dejarse ver.

-—¿Cuándo?

—No lo sé, pero si están en alguna parte, su objetivo debe ser esta base. Ellos sabrán que aquí poseemos naves bien armadas; si no se han acercado todavía a bombardearnos como hicieron con las colonias lunares es porque albergan sus temores.

—Sí, eso es lo que pensamos todos. Exterminar al resto de la humanidad es relativamente fácil, sólo hay que esperar a que mueran congelados. Luego, descongelarán el planeta y lo habrán invadido sin una sola baja por su parte.

—Es posible que ellos no se acerquen porque suponen que pueden ser detectados por la red de radares que poseemos.

—Sí, y con las naves a punto para salir a hacerles frente no se atreven a aproximarse, pero no me extrañaría que tuvieran un plan para nosotros.

—¿Qué clase de plan?

—Lo ignoro, Gloria, lo ignoro. Si tuviéramos la más mínima idea de dónde se esconden, podríamos actuar.

—Pueden haber tomado como base de operaciones la Luna y aguardar allí que la congelación del planeta sea absoluta.

—No, no lo creo.

—¿Tienes alguna razón para pensar así?

—Sí. De haber estado allí, me habrían atacado a mí, habrían intentado destruirme; incluso les habría servido, solo como estaba, para valorar la capacidad bélica de una Scorpio. Ellos deben saber que yo no podía lanzar ningún mensaje de petición de auxilio, ni siquiera de aviso a la Tierra, ya que el mensaje no hubiera traspasado ese maldito manto negro que nos envuelve.

—¿Quieres decir que si no lo intentaron es porque no estaban?

—Exacto.

—Entonces, si no tenemos ningún asteroide ni ninguna nave espacial gigante cerca porque vosotros la habríais detectado en la exploración que acabáis de efectuar, ¿dónde se esconden?

—Estoy seguro de que ellos están en la Tierra agazapados, esperando.

—¿Seguro, Ulises?

—Es mi teoría.

—Y los generales y políticos, ¿qué opinan?

—No creen que puedan estar en la Tierra, pero yo sí lo creo.

—¿Por qué no lo creen?

—El general Udo se echó a reír cuando expuse esta teoría; dijo que si estuvieran en la Tierra ya los habríamos detectado, que es un absurdo, que ellos están fuera, al otro lado del manto negro, posiblemente en Venus o en Marte o en el interior de algún profundo cráter de la Luna.

—Pero tu teoría es buena, ¿no?

—Claro que lo es. Si no podíamos detectar su aproximación por culpa de ese manto negro que nos priva de la observación del espacio, tanto visual como radioelectrónicamente ellos han podido traspasar el manto y descender. Luego, navegando casi a ras de suelo, de esos hielos de los que son responsables, han podido llegar a las inmediaciones de la base donde están ahora, esperando.

—¿Por qué no insistes con tu teoría? Se podría comenzar una búsqueda.

—Hemos rastreado desde el aire sin descubrir absolutamente nada.

—¿Y si están ocultos en una base subterránea como nosotros ahora?

—Es una posibilidad, pero ¿han tenido tiempo de construir una base subterránea?

—Lo ignoro, pero podrían emplear una base ya abandonada.

—Acabas de darme una idea, Gloria.

—¿Cuál?

—Termina de comer, ya lo sabrás.

La muchacha miró interrogante al mayor Ulises Borj, aquel hombre del que se había enamorado aun a sabiendas de que otra mujer le había ganado la mano.

CAPITULO IX

Avanzaron por el corredor hasta detenerse frente al hábitat de Wanda.

Ulises Borj llamó a la puerta y Gloria le miró un tanto preocupada, mas no se atrevió a decirle nada de lo que sabía ni de lo que pensaba.

Cuando la hoja se corrió hacia un lado apareció Wanda sonriente y sensual, terriblemente atractiva.

—Hola.

No se apartó para dejarles pasar; Ulises Borj tuvo la impresión de que salía un olor especial y desconocido para él del interior del cuarto, un olor que no le agradó en absoluto.

—Vamos a hacer una excursión.

—¿Una excursión, ahora? —inquirió Wanda como perpleja, parpadeando ostensiblemente y haciendo más atractivos sus ojos de color azul marino.

—Sí, fuera de la base.

—Ah, pues que lo paséis bien —les dijo, sin apartarse del umbral, manteniéndolos afuera en el corredor.

—¿No quieres venir con nosotros?

—No, no, me asusta el frío.

—Pilotaré un vehículo seguro.

—No insistas, Ulises, prefiero quedarme. No me atrae en absoluto la idea de salir de la base y ver los hielos.

—Con el general Udo sí que saliste —objetó Gloria.

Wanda acusó la puntualización.

—No podía desobedecer al general Udo, corría el riesgo de que me expulsara de la base. Ya he visto demasiado de ese mundo helado que hay afuera. Que os divirtáis si tenéis deseos de salir.

Ulises Borj se sentía un poco frustrado y contraído por la actitud de Wanda.

—Puede ser una excursión interesante.

—No, no insistas, me quedo.

—¿Tienes una cita con el general Udo o con el mariscal Agares?

—Pareces muy preocupada por mis citas, Gloria. Aprovecha tú la ocasión ahora que yo me quedó aquí. Disculpadme, pero me esperan dentro de unos minutos y no quiero llegar tarde.

La puerta se cerró dejando a Ulises y a Gloria en el corredor. El hombre quedó un poco molesto y Gloria le cogió de la mano.

—Si no quieres que salgamos… —musitó.

—No, no, todo lo contrario. Salir de la base nada tiene que ver con Wanda, sólo quería que fuéramos juntos para quitarle importancia a la salida. Mi idea sigue adelante.

—Pero, ¿cuál es tu idea? —preguntó Gloria.

Se hallaba confundida y a la vez dispuesta a ir a donde Ulises quisiera llevarla.

—Ya lo verás, ten un poquito de paciencia.

Condujo a la muchacha a un estacionamiento de pequeños vehículos eléctricos que servían para circular por los túneles de la base subterránea, una base gigantesca e indestructible por un simple bombardeo nuclear llevado a cabo desde el exterior.

Para destruir la base, tenía que apelarse a sabotajes interiores, por ello las medidas de control eran tan rigurosas. Pese a ello, siempre podían producirse filtraciones.

Subieron a uno de los vehículos que manejó el propio Ulises Borj y se deslizaron por el dédalo de túneles que conformaban la base.

Arribaron a una amplia sala que daba acceso a una de las entradas y salidas de la base, fuertemente vigilada.

Cuatro milicianos de guardia saludaron marcialmente al mayor Ulises Borj que correspondió a su saludo.

—-¿Está mi vehículo listo?

—Sí, mayor.

—¿Y los trajes térmicos?

—En el vestuario, mayor —le respondió el oficial de guardia.

Tomaron los datos del mayor Ulises Borj y de Gloria. Después, ambos fueron al vestuario y se equiparon con los trajes especiales para permanecer en zonas ultrafrías.

El traje de Borj era distinto al escogido por Gloria, ya que era de comandante con las insignias correspondientes. En el cinturón portaba un pistola ultrasónica y también cogió un pequeño fusil incinerante con visor de infrarrojos, ya que en el exterior la oscuridad era total.

—¿Adónde iremos ahora? —quiso saber Gloria.

—No te preocupes, ya paso aviso al ordenador de que vienes conmigo por si se nota tu ausencia en la clínica.

—¿Tanto vamos a tardar en regresar?

—Puede ser que tardemos un poco, ahora no puedo decirte más. Lo que voy a hacer no tiene nada que ver con la ciencia ortodoxa, con todo lo que un ordenador bioeléctrico puede codificar.

—No entiendo nada.

—Ya llegará el momento de que entiendas, si es que tenemos suerte. Sólo se traía de una hipótesis que a lo peor sólo se sustenta en la fantasía, pero tal como estamos, hay que agotar hasta la última de las posibilidades.

Gloria vio cómo Ulises Borj cargaba con otro traje de protección contra el criminal frío que helaba todo el planeta. Introdujo el traje en el vehículo ATH, un modelo muy avanzado y veloz, idéntico al que poseía el general Udo, y después ambos subieron al mismo.

—¿Por qué vas tan armado, Ulises, temes ser atacado?

—Nunca se sabe, la desesperación se ha apoderado del planeta. Un vehículo como éste, unos trajes como los que nos protegen, son muy codiciables, la gente muere helada. Qué más quisiera que poder salvarles, pero es imposible, son millones los que mueren o están agonizando, gangrenados por la congelación de sus miembros. Es horroroso, pero esto es una guerra sin cuartel que ha llegado a todas partes y los civiles más desamparados, los más débiles e inocentes, son las primeras víctimas de este enemigo desconocido, un enemigo que no se deja ver.

Encendió los faros del vehículo y se abrieron las compuertas.

El ATH salió al exterior y se sumergieron en un valle que semejaba de cristal. Árboles, plantas, animales, todo estaba helado.

El vehículo se alejó de la base y las compuertas de protección tornaron a cerrarse; eran compuertas de un espesor muy grande, puertas que se deslizaban sobre raíles de acero de gran resistencia.

Ulises movió una palanca y el asiento anatómico en que se hallaba aposentada Gloria se estiró hacia atrás, convirtiéndose en una hamaca.

—Eh, ¿qué haces?

—Puedes descansar, el viaje será un poco largo.

—No tengo sueño.

Ulises regresó el respaldo del asiento a su posición original.

—Como gustes, pero si deseas descansar sólo tienes que darle a esta palanca.

—Lo tendré en cuenta.

El ATH avanzaba a gran velocidad, separado del suelo unos setenta centímetros y si en el camino aparecía algún peñasco, antes de que llegaran a él, el radar del propio vehículo lo advertiría al ordenador, el cual enviaría la instrucción necesaria al mando del aparato que se elevaría para sortear el obstáculo.

Todo ello ocurría en apenas uno o dos segundos, mientras los faros barrían fugaces las tinieblas, como los ojos de un mítico dragón que galopara en la noche tenebrosa.

Descendieron de la cordillera montañosa, completamente helada.

Sin descubrir signos de vida, llegaron a los extensos páramos donde tiempo atrás había aullado el coyote y cantado el chotocabras.

Ahora, el silencio era absoluto, sólo turbado por la máquina que se deslizaba rauda, sin tocar la tierra, con sus potentes ojos encendidos hurgando en el horizonte.

Ulises introdujo el vehículo en un amplísimo vial donde no había ninguna circulación.

Llegaron a una ciudad donde podían verse luces aisladas, pero no se detuvieron. Algunas luces debían estar encendidas gracias a pilas abandonadas; también podía ser que algunas iluminaran cadáveres.

Los comercios de alimentación, supermercados en general, aparecían destartalados. Hacía tiempo que fueran asaltados, vaciados y destrozados.

Todos habían tratado de aprovisionarse de alimentos en la mayor cantidad posible para resistir el máximo de tiempo, y no era raro encontrar algún vehículo abandonado en el vial, con los alimentos caídos y cadáveres sentados al volante, cadáveres congelados que semejaban de cristal.

Todo cuanto veían era el horrible reflejo de la muerte helada, el ataque más sorpresivo e inesperado de que había sido objeto la civilización terrícola por los extraños invasores que posiblemente habían estado observándoles largo tiempo desde sus OVNIS hasta que decidieron llevar a cabo la invasión, una invasión criminal que acababa con toda una especie evolucionada e inteligente.

—Es horrible todo esto —musitó Gloria, profundamente impresionada.

—De nada serviría detener el vehículo y ayudar a los que agonizan. Hay que seguir adelante buscando una solución para todos en vez de intentar salvar a unos pocos.

Salieron del vial y descendieron sobre un amplio río totalmente helado.

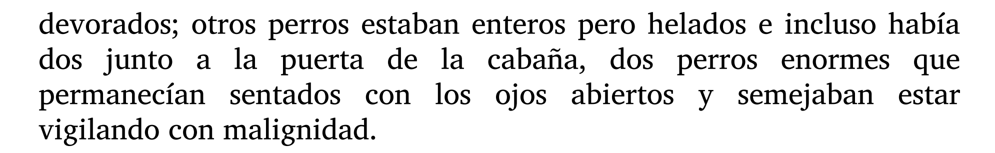
El ATH se deslizó por encima de aquel cristal de agua que no reflejaba más que las luces del vehículo, ya que no había sol ni luna que le enviara su luz para reverberarla.

Avanzaron en dirección a las aguas marinas un par de cientos de millas. Luego, Ulises aminoró la marcha y se acercó a la orilla derecha donde había un bosque también de cristal.

Los faros iluminaron una cabaña de troncos de paredes muy gruesas con puerta y ventana que miraban al río.

Ulises Borj detuvo el ATH y los faros iluminaron algo dantesco.

En el suelo había esparcidos huesos que debieron pertenecer a tres seres humanos. Había perros en estado óseo y perros medio


devorados; otros perros estaban enteros pero helados e incluso había dos junto a la puerta de la cabaña, dos perros enormes que permanecían sentados con los ojos abiertos y semejaban estar vigilando con malignidad.

—¿Qué es esto, Ulises?

—No temas, todos están muertos.

—Pero...

—Ahí dentro vive o vivía una mujer llamada Genives. Tenía una docena de perros que siempre estaban alrededor de su cabaña, perros que le eran Fieles y que la protegían. Debió cerrar la puerta para aislarse del frío, y los perros, afuera, comenzaron a pasar hambre y frío. Quizá esos restos humanos corresponden a seres que se acercaron a este lugar agonizantes y cayeron aquí, por sí mismos o a causa del ataque de los perros hambrientos.

—Que los devoraron.

—Quizá. Los perros también llegaron a devorarse entre ellos, pero el frío, ha ganado la última baza y todos están muertos.

—¿Y la mujer de la cabaña?

—No lo sé. Puedes esperar aquí, voy a ver.

—Iré contigo.

La puerta estaba bien cerrada y las ventanas también, todo reforzado para que no entrara ni el más ligero viento gélido.

Los faros del vehículo iluminaron la fachada de aquella cabaña extraña y solitaria. Ulises Borj llamó con el puño golpeando la puerta mientras explicaba a Gloria:

—Durante mucho tiempo, aquí habían venido hombres y mujeres buscando curación a enfermedades que la ciencia va había dado por crónicas o perdidas.

—¿Una bruja?

—Algo así. Unos la llamaban bruja, otros santa y los científicos...

—¿Cómo?

—Paranormal, tenía ciertos poderes. Entre cada millón de seres humanos aparece uno o quizá menos como Genives, con poderes extraños, superiores a lo normal, pero son poderes no muy controlables, por lo que la ciencia exacta siempre los ha despreciado.

—Habrá muerto ya, helada como todos esos animales.

Gloria miró hacia los dos grandes mastines, sentados como si fueran anubis egipcios, vigilando la entrada de la casa de su ama, pero los grandes y temibles perros no se movían. Bastaría darles un puntapié para que se rompieran como grandes pedazos de cristal.

—No responde. Comprobaremos si está viva o muerta o si se marchó de aquí, cosa que no creo.

—¿Por qué?

—Los perros habrían ido tras ella, fíjate cuántos tenía. Sólo el hambre les ha hecho pelear entre ellos, el hambre y el frío.

—Es terrible. Parece un cementerio abandonado y descuidado.

Al no obtener respuesta a los golpes dados sobre la recia hoja de madera, Ulises Borj desenfundó su pistola ultrasónica y disparó contra la cerradura.

La madera comenzó a temblar, a vibrar. De súbito, la puerta se abrió violentamente, saltando astillas lo mismo en la hoja de madera que en la jamba.

El interior de la cabaña estaba a oscuras, pero aún conservaba cierto calor, si se consideraba calor una temperatura por debajo de los cero grados.

La gran chimenea-hogar estaba repleta de cenizas como de haber quemado grandes cantidades de leña sin preocuparse de retirar las cenizas.

Ya no quedaba más leña que quemar que las propias paredes, pues se habían quemado las sillas y la mesa, todo cuanto pudiera arder, todo menos el camastro repleto de mantas y ropas de abrigo, formando una auténtica montaña.

—No hay nadie —observó Gloria, mirando el interior de la cabaña gracias a las luces de las linternas que llevaban.

—Sí, sí que hay.

Ulises Borj se aproximó al camastro. Levantó parte de las ropas en el lado de la cabecera y descubrió un rostro humano lleno de arrugas, un rostro muy pálido enmarcado por unos cabellos sucios y grises.

—Genives, Genives —llamó Ulises.

—¿Está ahí? —inquirió Gloria.

—Sí y creo que vive.

—Espera, si vive trataremos de recuperarla, déjame a mí.

Gloria se preocupó de la anciana Genives al tiempo que decía:

—Haría falta calor.

—Ahora vuelvo.

Ulises salió al exterior. Tomó el poderoso fusil incinerante y se enfrentó con un grueso árbol.

Apuntó al tronco y brotó el fino rayo luminoso que lo cortó como si fuera de mantequilla.

Luego lo troceó y desramó con suma facilidad. Entró aquella leña en la cabaña y con la pala apartó las cenizas de la chimenea. La cargó con aquella leña helada y le prendió fuego. El hielo se deshizo y comenzó a elevarse una columna de vapor de agua al tiempo que las llamas comenzaban a crepitar.

En pocos minutos, la chimenea-hogar despedía un calor que invadió toda la cabaña, comenzando a calentarla.

—Voy a por más leña —dijo Ulises Borj.

Volvió a cortar otro árbol que nuevamente troceado introdujo en la cabaña mientras Gloria, con el equipo sanitario incluido en el atom-hover-craft, trataba de salvar aquella vida que se iba despacio muy despacio, grado a grado.

El interior de la cabaña no tardó en alcanzar casi los veinte grados Celsius debido al gran fuego que llameaba en la chimenea, puesta al tope de sus posibilidades.

—¿Cómo va eso, Gloria?

—La he revisado toda y no tiene congelaciones irreversibles en ninguna parte. Se estaba helando de manera uniforme. Le he inyectado para aumentar su capacidad de resistencia y, al mismo tiempo, le he dado un sedante para que la recuperación no sea brusca. Dentro de tres o cuatro horas veremos los resultados.

—¿Y la alimentación?

—Le voy a colocar un gota a gota de glucosa que le proporcionará alimento y le mitigará dolores articulares. No conviene pasarla bruscamente de la situación en que la hemos encontrado a la de vitalidad normal. Estaba con principios de hibernación; como si fuera un animal con tales posibilidades.

—De Genives no me hubiera extrañado que fuera capaz de bajar el ritmo de su corazón y descender su temperatura.

—Eso explica que se haya salvado, es el primer caso que encontramos de esta forma. Sólo contadísimos seres pueden conseguir el efecto de hibernación que es natural en animales como osos, marmotas o lirones. Científicamente se cree que el ser humano, hace decenas de milenios de años, poseía la capacidad de hibernación, natural en algunos mamíferos, capacidad que luego se perdió al regular su vida de una forma más racional: sin embargo, a lo largo de tos tiempos, siempre ha habido seres capaces de este autocontrol, como los gurus y faquires orientales o los místicos de distintas religiones. Recuerdo haber leído que a. finales del siglo XX el científico Henri Laborit realizó importantísimos descubrimientos al respecto.

—Entonces, ¿crees que Genives se salvará?

—Pienso que sí, pero no puedo asegurar nada hasta dentro de unas horas. Es como si para ella llegara la primavera y abandonara su estado de hibernación.

—De acuerdo, Gloria, esperaremos hasta que se recupere.

Ulises Borj se apartó del camastro donde yacía la enigmática mujer cuyo cuerpo, en aquellos momentos, tenía una temperatura justo por debajo de los treinta grados Celsius.

Todas las funciones vitales de su cuerpo estaban aletargadas, su corazón latiría unas treinta veces por minuto, pero el calor con que habían inundado la cabaña y la eficaz intervención sanitaria de Gloria, gracias al completísimo botiquín que llevaba consigo el ATH, hacía

que aquel cuerpo retornara lentamente a su capacidad normal, un cuerpo que en la soledad y oscuridad de la cabaña estaba condenado a morir como tantos y tantos millones de seres que cerca de ellos no encontraban ayuda alguna porque no había posibilidad material de proporcionársela a todos.

Por el momento, Gloria no podía hacer más. El gota a gota iba entrando en la circulación sanguínea de Genives.

Se acercó a la amplísima chimenea-hogar donde los troncos ardían con viveza, vencido el hielo que casi los había vitrificado.

—¿Crees que cuando esa mujer se recupere, cuando la salvemos de las garras de la muerte helada, podrá servirte para tu plan?

—No lo sé, pero lo intentaré.

Miró los ojos verde esmeralda de Gloria que brillaban de forma especial a la luz de los leños.

—Estamos viviendo tiempos muy difíciles, Gloria.

—Lo sé, Ulises, lo sé —asintió con voz que casi parecía un susurro, como dispuesta a aceptar todo lo que el hombre dijera.

—Es posible que mañana no estemos vivos, la invasión es un hecho aunque no les hayamos visto la cara a los alienígenas.

—Sé muy bien que mañana puedo estar muerta, helada como esos perros que están afuera y si se me presenta la ocasión de vivir el placer casi con ferocidad, no la desdeñaré.

Ulises Borj comprendió e inclinó su rostro, ya libre del yelmo como el de la joven, sobre los labios femeninos. Los besó, encontrándolos cálidos, húmedos, trémulos, enervantes.

El beso fue un tanteo en su principio. Ulises Borj estaba comparando aquel beso con el que le diera a Wanda y no sintió rechazo alguno.

Los labios se tocaron, se rozaron, se comprimieron los unos contra los otros en un cortejo amoroso que luego pasó a entreabrir las bocas, al roce de los dientes, a la búsqueda de las puntas de las lenguas que se transmitieron infinitas sensaciones, comunicándose.

Les ojos de ambos aumentaron de color, de temperatura.

Con voz ligeramente ronca, Gloria preguntó:

—¿Por qué quieres jugar al amor conmigo, Ulises? ¿Es una diversión para ti, una compensación porque Wanda no ha querido acompañarte?

—Es muy sencillo, Gloria.

—Explícamelo entonces —pidió ella sin fuerzas para retroceder.

Era como si se le hubieran algodonado las rodillas y el busto, el vientre y los muslos se le hubiesen llenado de nervios sensitivos y oleadas térmicas.

—Porque me atraes, Gloria, me atraes. Siento que somos hombre y mujer, que estamos solos frente a la eternidad, que es posible que dentro de unas horas hayamos desaparecido.

—Pero, Wanda…

—Por Wanda no siento lo que por ti.

—No lo entiendo. Ella es más hermosa que yo, sé que te gusta.

—Wanda es algo muy especial. Atrae sensualmente pero ruego, no sé cómo explicarlo. Wanda jamás sería mi pareja.

—¿Y yo?

—Tú sí, Gloria, de ti desearía tener hijos. Querría sentirte siempre acostada a mi lado, notando la suavidad de tu cuerpo cálido.

—¿Por qué me mientes, Ulises?

—No te miento. Si salimos con vida de esta invasión, viviremos juntos, a menos que seas tú la que desee separarse de mí.

—No, Ulises, no, pero son tantas las mujeres que desean estar contigo que tengo miedo de que todo sea una fantasía, de que sólo sea un juguete sexual para ti.

Ulises Borj comenzó a desabrocharle la ropa. Desnudó los senos femeninos, los tomó entre sus manos, llenándose de su suavidad, de su espléndida belleza, y murmuró:

—No eres un juguete, eres lo que yo deseo.

Los besó para luego buscar los labios entreabiertos que ofrecían amor mientras la gran chimenea llameaba con tanta fuerza que semejaba un gigantesco horno o la antesala del infierno.

CAPITULO X

Genives abrió los ojos, pero pasaron muchos minutos antes de que llegara a pensar y a ordenar las ideas en su cerebro.

Le costó recordar lo sucedido. Regresaba de las puertas de la muerte cuyo umbral no había llegado a traspasar.

Recordó el frío, los ladridos furiosos y también lastimeros de los perros que se lanzaban contra la puerta de su cabaña queriendo penetrar en ella.

Recordó haber oído voces humanas, gritos de terror, lamentos, chillidos de dolor y muerte...

Recordó su propio miedo, recordó haber quemado hasta la mesa y haberse hundido bajo una montaña de mantas y ropa, todo lo que había encontrado para escapar a la congelación que sabía habría de llegar, más tarde o más temprano.

La cabaña, construida con gruesos troncos de más de medio metro de espesor cada uno, estaba caldeada. La temperatura era vivificante y olía a leña quemada.

Movió lentamente la cabeza y vio el hogar encendido.

Delante de la chimenea, en el suelo, un hombre y una mujer abrazados, recibiendo el calor y la luz de las llamas. Eran la expresión misma de la vida, parecían descansar y tenían los párpados cerrados, más los brazos desnudos se enlazaban mutuamente.

La vieja Genives, una bruja, una santa según otros, la paranormal según la ciencia ortodoxa que todo pretendía codificarlo, sonrió débilmente.

La imagen de los dos amantes, descansando después de haber gozado en el juego del amor, la confortó.

Precisamente, a ella le habían solicitado en innumerables ocasiones

elixires para lograr el goce que la pareja que allí estaba, desnuda bajo las mantas, abrazada al calor de la lumbre, había conseguido de forma natural.

Miró su brazo en el que estaba clavada la aguja que le proporcionaba alimento gota a gota y se quedó quieta. El calor, la vida, habían vuelto a su cabaña.

Pasaron largos minutos sin que nadie se moviera.

Gloria runruneó frotando su cuerpo como gata cariñosa contra el del hombre. Este despertó, mirando al fuego que se debilitaba en la chimenea, aunque la temperatura ambiental era alta, tan alta que sus cuerpos se habían perlado de una tenue capa de sudor.

Ulises Borj alzó la cabeza por encima del cuerpo de Gloria. Miró hacia Genives y vio sus ojos abiertos.

Se apartó de Gloria, se incorporó y su cuerpo musculado y viril quedó iluminado por las llamas. Tomó los pantalones y se los calzó. Después, con los pies descalzos, se acercó a la mujer que seguía en el camastro.

—¿Te encuentras bien, Genives?

—Creo que te conozco, muchacho —dijo ella con voz ronca, gastada, profunda.

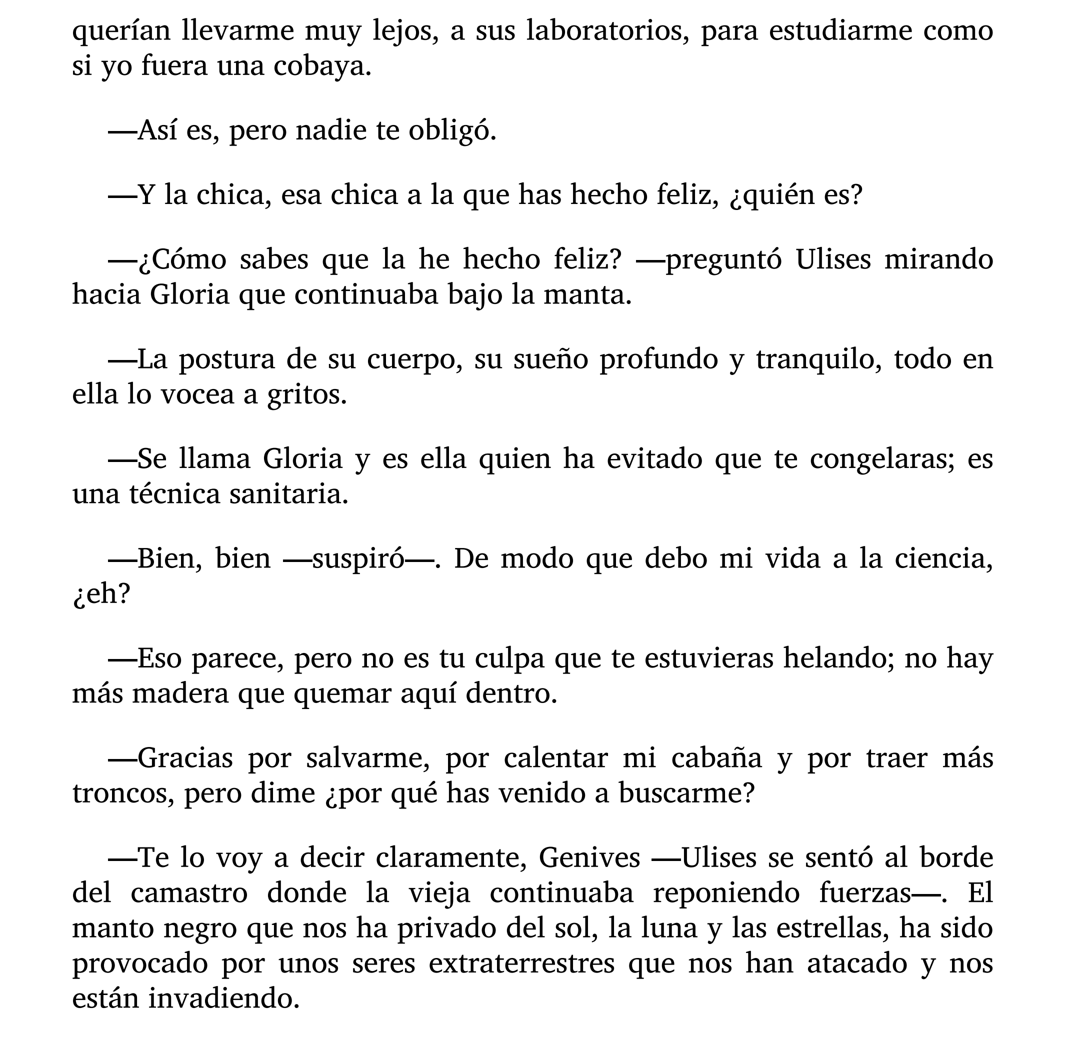
—¿No me recuerdas? —preguntó él.

Genives, que se había acostumbrado fácilmente a la penumbra de la cabaña, no en vano venía de la oscuridad del sueño, miró al hombre. Cerró los ojos durante breves segundos y volvió a abrirlos como si hubiera estado buscando en el archivo de su mente.

—Tú eres Ulises, ¿verdad?

—Sí, Soy Ulises Borj. Nací en una aldea próxima y una noche me acerqué a arrojar piedras contra la puerta de tu cabaña. Tú me cogiste y me sentaste en una silla. Yo, aterrado, pasé la noche frente a una lechuza que me estuvo observando todo el tiempo con sus grandes ojos muy abiertos. No me moví en toda la noche temiendo que la lechuza, en la que se creía se encarnaba el diablo, se me echara encima.

—Sí, y luego volviste otra vez acompañado de unos individuos que



querían llevarme muy lejos, a sus laboratorios, para estudiarme como si yo fuera una cobaya.

—Así es, pero nadie te obligó.

—Y la chica, esa chica a la que has hecho feliz, ¿quién es?

—¿Cómo sabes que la he hecho feliz? —preguntó Ulises mirando hacia Gloria que continuaba bajo la manta.

—La postura de su cuerpo, su sueño profundo y tranquilo, todo en ella lo vocea a gritos.

—Se llama Gloria y es ella quien ha evitado que te congelaras; es una técnica sanitaria.

—Bien, bien —suspiró—. De modo que debo mi vida a la ciencia, ¿eh?

—Eso parece, pero no es tu culpa que te estuvieras helando; no hay más madera que quemar aquí dentro.

—Gracias por salvarme, por calentar mi cabaña y por traer más troncos, pero dime ¿por qué has venido a buscarme?

—Te lo voy a decir claramente, Genives —Ulises se sentó al borde del camastro donde la vieja continuaba reponiendo fuerzas—. El manto negro que nos ha privado del sol, la luna y las estrellas, ha sido provocado por unos seres extraterrestres que nos han atacado y nos están invadiendo.

—¿Son muy poderosos?

—Creo que sí, pero en cierto modo también nos temen. Nuestras astronaves los han buscado sin hallarlos y si no los encontramos no podremos enfrentarnos a ellos y luchar hasta la muerte si es preciso. Necesitamos luchar, de lo contrario toda la humanidad morirá congelada y ellos habrán vencido sin correr ningún riesgo.

—Pero, ¿por qué has venido a mí? Yo no soy más que una pobre bruja según vocean los que echan piedras contra mi puerta.

—Ya te pedí perdón hace muchos años, Genives.

Ella sonrió, benévola.

—Es cierto. Bien, ¿qué quieres de mí? Te debo la vida, os debo la

vida.

—Hemos buscado el lugar donde se esconden los invasores extraterrestres y no los hemos encontrado. Todos nuestros aparatos electrónicos han fracasado y he pensado en ti.

—¿En mí? —se asombró—. ¿Qué puedo hacer yo que no puedan hacer las fuerzas milicianas astronáuticas?

—Descubrir el reducto de los invasores.

—¿Cómo?

—Con tu mente telepática. Si los descubrimos, por lo menos moriremos luchando. Ellos han de pagar su invasión criminal y genocida.

—No tengo tanto poder como supones, Ulises.

—No temas, no se lo he dicho a nadie. Ha sido una idea y he pensado que podía ser útil.

—¿Y mis perros, Ulises?

—Han muerto.

Genives suspiró.

—Así tenía que ser. Si hubiera abierto la puerta, al acosarles el hambre me habrían devorado a mí. Es la ley de la supervivencia, no se lo hubiese reprochado desde la tierra de los muertos.

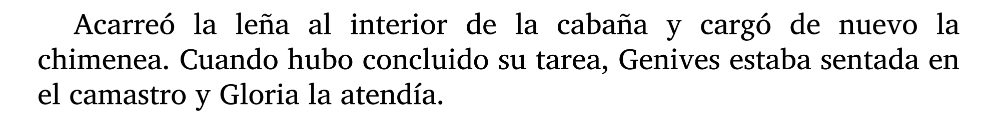
El diálogo entre Genives y Ulises Borj despertó a Gloria que medio se incorporó sosteniéndose sobre uno de sus codos mientras con la manta cubría la desnudez de sus hermosos pechos.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Gloria.

—Sí, la has salvado —respondió el propio Ulises—. Ahora voy a acabar de vestirme y llenaré la cabaña de leña, no hay que dejar que se enfríe.

El hombre se vistió y se protegió con el traje térmico.

Salió al exterior y con su fusil incinerante cortó varios árboles, troceándolos con el fino dardo luminoso.


Acarreó la leña al interior de la cabaña y cargó de nuevo la chimenea. Cuando hubo concluido su tarea, Genives estaba sentada en el camastro y Gloria la atendía.

—¿Cómo va eso, Genives?

—Muchacho, no es fácil lo que me pides. Estoy haciendo esfuerzos y no logro captar nada.

—Sé que no es fácil y que no se consigue cuando se desea, pero acabarás captándolos. Te he traído un traje como los nuestros para que puedas viajar con nosotros sin pasar frío.

—¿Y la cabaña?

—La dejaremos con la chimenea bien encendida, no se enfriará.

—Lo que tú digas, Ulises. Os debo la vida y como se trata de luchar contra los causantes de la muerte de mis perros…

Al abandonar la cabaña, la propia Genives cerró bien la puerta para que no escapara el calor conseguido en su interior.

Gracias a los faros del vehículo ATH, pudo ver a los perros muertos, congelados y destrozados, así como los restos humanos.

—La muerte ha celebrado su orgía frente a la puerta de mi guarida. Maldita seas, siempre ganas, tarde o temprano vences.

Subieron a! vehículo y éste se puso en marcha.

—¿En qué dirección vamos? —preguntó Gloria.

Ulises se encogió de hombros.

—Lo mismo da, vamos a viajar en todas direcciones, lejos de las grandes urbes y las playas cálidas donde se refugia la humanidad que ansía desesperadamente escapar a la muerte por congelación y más ahora que han recibido el alivio provisional del calentamiento de las aguas marinas.

Genives, que se había acomodado en un asiento posterior, dijo:

—Olvidaos de mí, yo me concentraré. Quizá os parezca que soy víctima de un ataque o algo parecido, no os preocupéis de mí.

—Si descubres algo, házmelo saber —le pidió Ulises.

La extraña mujer, poseedora de singulares poderes, ya no respondió, había cerrado los ojos y abría las compuertas de su poderosa mente.

Ulises Borj aumentó la velocidad de su vehículo para trasladarse de un lugar a otro con rapidez y abarcar el máximo de espacio.

Navegó sobre el océano que se mostraba líquido en su mayor parte gracias a la Operación Vulcano.

—Atención, atención, Ulises, capto algo, capto algo…

—Adelante, Genives, adelante, insiste.

—Más a tu izquierda, más a tu izquierda…

Ulises Borj apagó las luces y continuó a gran velocidad por encima del Océano Atlántico.

—Ahora, ahora lo capto más claro.

—¿Qué es lo que captas, Genives? —inquirió Gloria.

—Voces, voces extrañas, sonidos que no son de nuestro mundo. Seguro que no, los identificaría.

Ulises Borj comenzó a sentirse en efervescencia. Miró el panel de mandos, consultó el pequeño ordenador que poseía el vehículo y le dio el rumbo exacto.

—Islandia.

—¿Islandia? —repitió Gloria.

—Sí, ¿cómo no lo habré pensado antes? Es un lugar ideal para el aterrizaje de naves extrañas que quieren pasar desapercibidas. Islandia habrá sido abandonada por todos sus habitantes y, al mismo tiempo, la isla posee géyseres que despiden manchas de calor que son captadas al establecer los mapas con infrarrojos. Si las naves extraterrestres se colocan junto a los géyseres, el calor que despiden dichas naves pasa desapercibido.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Gloria, nerviosa y expectante.

—Comprobarlo primero.

—Los siento dentro de mi cabeza, son inconfundibles. Son seres

extraños, seres que bullen, muy poderosos —repetía Genives.

—¿Puedes saber cuántos son? —preguntó Gloria.

—Muchos, son muchos, están esperando. Ahora, ahora los veo...

—¿Los ves? —se asombró Gloria.

—Sí, sí, los veo dentro de mi mente... Son distintos a nosotros, muy distintos... Son más delgados y horribles, una mezcla de perro, insecto y hombre... Tienen el cuerpo cubierto de escamas y unos cuernecillos como de caracol que en sus extremos sostienen los ojos móviles...

—Dios mío, ¿podrá ser posible? —se estremeció Gloria.

Ulises Borj detuvo su vehículo sobre el océano. Enfocó su telecámara con el visor de infrarrojos incorporado y fue colocando aumentos mientras miraba la pequeña pantalla del salpicadero.

—No sé si lo conseguiremos.

—Sí, sí, mira, unas luces —indicó Gloria, señalando la pantalla.

—Ya no cabe la menor duda, los hemos localizado gracias a Genives. Están agazapados en nuestro planeta, esperando el asalto final.

Ulises Borj dio media vuelta y se alejó a gran velocidad, casi pegados a las aguas para evitar ser descubiertos.

Gloria musitó:

—¿Crees que podremos hacer algo?

—No lo sé, pero ahora sabemos dónde se encuentran. Hay que actuar antes de que cambien de emplazamiento.

Al máximo de velocidad que permitía el atom-hover-craft, regresaron a la base de la milicia astronáutica de la Confederación Terrícola.

Cuando hubieron llegado frente a una de las puertas camufladas, Ulises Borj envió la clave en onda para que le abrieran la entrada y así sucedió.

Una vez dentro, los vigilantes rodearon el vehículo ATH y Borj les dijo:

—Soy responsable de la mujer que nos acompaña, se llama Genives.

—Bien, mayor, pero antes pediremos permiso a la superioridad, son órdenes.

—Está bien, pero tengo prisa. Mientras, llamaré a comandancia general por el videofono.

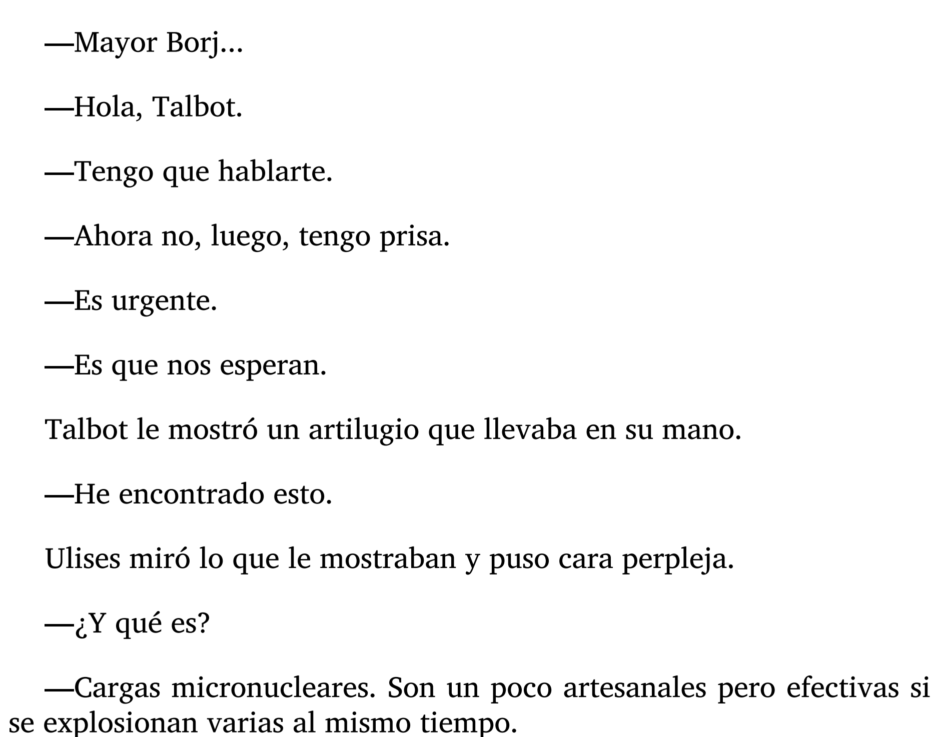
—Como usted desee, mayor Borj.

Mientras los vigilantes cumplían los requisitos de rigor, Ulises Borj se puso en contacto con el mismísimo mariscal Agares y le solicitó:

—Una reunión urgentísima, mariscal Agares, una reu nión urgentísima al más alto nivel.

CAPITULO XI

En uno de los vehículos eléctricos de circulación interna devoraron kilómetros por el interior de los túneles de la base hasta que llegaron al área de comandancia general donde tuvieron que pasar otros controles de comprobación cuando el ingeniero Talbot les salió al paso:



—Mayor Borj...

—Hola, Talbot.

—Tengo que hablarte.

—Ahora no, luego, tengo prisa.

—Es urgente.

—Es que nos esperan.

Talbot le mostró un artilugio que llevaba en su mano.

—He encontrado esto.

Ulises miró lo que le mostraban y puso cara perpleja.

—¿Y qué es?

—Cargas micronucleares. Son un poco artesanales pero efectivas si se explosionan varias al mismo tiempo.

—Bueno, si se han puesto a construir esas cargas.

—No, no me entiendes.

—Explícate entonces.

—He descubierto esta carga junto a unas conducciones eléctricas. Me ha llamado la atención y la he investigado. No era lógico, ya sabes que soy ingeniero. En fin, que he averiguado en seguida de qué se trataba.

—¿Insinúas que hay sabotaje dentro de la base?

—Sí, eso es lo que opino y lo grave es que cargas como ésta he visto más de cien.

—¡Diablos! —exclamó Borj, palideciendo lo mismo que Gloria ante aquella inesperada noticia.

—Sí, están minando toda la base. Estas cargas se hacen explosionar por control remoto. Alguien debe tener ese control y corremos un riesgo inminente de ser destruidos. Si hay varios cientos de cargas como ésta, pues pueden ser muchas las que yo no he descubierto, si estallan al mismo tiempo, toda la basé subterránea se hundirá, cegando las salidas, será el fin.

—Es inaudito... ¿Cómo lo habrán podido hacer?

—Hay un grupo que se dedica a ello. He podido ver a un hombre colocando una de estas cargas, me ha costado mucho rato de vigilancia.

—¿Y quién es?

—El capitán Shorenson, de mantenimiento. Creo que los hombres que están bajo su mando directo le obedecen.

—¿Crees que él tiene el teledetonante?

—Es posible, pero también puede estar conectado al lugar más inesperado.

—¿A quién le has contado esto, Talbot?

—A nadie, no me fío más que de ti, Ulises.

—Está bien, vente con nosotros, ahora corremos más riesgo que nunca. ¿Cómo crees que podríamos conjurar este peligro de destrucción total de la base?

—Buscar las cargas una a una sería muy difícil y de escaso éxito, es preferible encontrar el teledetonante.

—Ulises, Ulises...

—¿Qué sucede, Genives?

—Capto, capto algo, capto algo... —dijo trémula.

—¿El qué? —inquirió Ulises, anhelante.

—Uno de esos seres está aquí, está aquí dentro, cerca de nosotros.

Borj, Gloria y Talbot intercambiaron miradas preocupadas

—¿Será el capitán Shorenson? —se estremeció Gloria.

Talbot, refiriéndose a Genives, inquirió:

—¿Tiene poderes de clarividencia?

—Sí, es paranormal.

—Está cerca, es uno de ellos, estoy segura.

—No grites, Genives, y cuando lo identifiques, señálalo —le pidió Ulises.

Avanzaron hacia comandancia general cuando en dirección opuesta vieron venir a! mariscal Agares. Junto a él caminaba la cimbreante y sensual Wanda. De pronto, Genives se adelantó, señalándola con el dedo.

—¡Ella, ella es un invasor!

El mariscal Agares se detuvo, desconcertado. Wanda quedó quieta y, de súbito, echó a correr. Ulises, sin dudarlo un instante, desenfundó su pistola ultrasónica y le disparó a las piernas.

Wanda gritó de dolor y cayó de bruces ante la sorpresa del mariscal Agares que inquirió a gritos:

—¿Qué ha hecho usted, mayor?

Ulises corrió hacia Wanda que ya había dejado de ser la hermosísima mujer terrícola. Su cuerpo había recuperado su auténtica forma física y su aspecto de extraterrestre, mezcla de perro insecto y humano, cubierto de escamas de color cobre metálico, horrorizó y repugnó a todos.

Gloria tuvo que volver la cabeza para no verla, no soportaba tan horrible visión.

—No es posible —murmuró el mariscal Agares, apoyando su espalda contra la pared.

—Sí, mariscal, sí es posible. Había conseguido infiltrarse en la base metamorfoseándose. Primero, fue a la base lunar «Cero» donde esperó la invasión. Se alejó de la colonia «Cero» cuando supo que iba a ser bombardeada y arrasada. Por lo visto, confiaban que serían recogidos los supervivientes de la Luna y traídos a esta base donde ella podría comenzar a operar.

—Pero, ¿qué podía hacer ella? —preguntó el mariscal Agares, todavía aturdido por lo que acababa de ocurrir mientras el cuerpo de la supuesta Wanda agonizaba en el suelo.

—Sonsacaba a todos los mandos superiores —dijo Gloria—, por eso cambiaba tan pronto de amistades.

—Además, la base está minada de explosivos y alguien tiene el teledetonante en su poder.

—¿Cómo?

—Muéstraselo, Talbot.

Talbot le entregó la pequeña pero potentísima carga explosiva.

—Es un poco artesanal, mi general, pero muy efectiva. Todos los puntos estratégicos de la base están listos para ser volados.

—Pero, ¿quién ha podido colocar todas estas cargas? Ella... bueno, eso no ha podido ser —objetó, señalando ai alienígena que ya expiraba en el suelo y que en absoluto recordaba a la bellísima y sensual. Wanda.

—Parece que el capitán Shorenson tiene mucho que ver en este asunto.

—¿El capitán Shorenson?

—Yo le vi colocando una carga, señor —manifestó Talbot.

—Bien, no digan nada. Entrará en acción la vigilancia superespecial.

De uno de los bolsillos de su guerrera, el mariscal extrajo un pequeño emisor especial y abrió la comunicación.

—Atención, atención, habla el mariscal Agares. Fuerzas GEO, entren en acción, máxima seguridad. Arresten al capitán Shorenson y a todos cuantos dependen de él. Repito…

Tras repetir la orden que sólo podían captar los hombres del grupo de operaciones especiales para alta seguridad, se dirigieron hacia la puerta de comandancia. Al abrirse, apareció sonriente el general Udo.

—¿A qué se debe esta convocatoria? —preguntó, encarándose con su superior.

—Situación de emergencia —repuso tajante el mariscal Agares.

—Hemos capturado a uno de los invasores, mi general.

—¿Ah, sí? —exclamó el general Udo, sorprendido.

—Sí, era Wanda —aclaró el mariscal Agares, ya repuesto—. Nos había engañado a todos.

—¿Wanda?

El general Udo palideció intensamente y su mano bus có la linterna que llevaba consigo. La abrió como si fuera una acción nerviosa y en aquel momento Talbot, que se había dado cuenta de ello, propinó un puntapié a la linterna que saltó por los aires.

Al verla caer, instintivamente, Ulises Borj la cogió entre sus manos y el general Udo se lanzó sobre él.

—¿Qué sucede? —inquirió el mariscal Agares.

Talbot agarró al general Udo por la cintura. Este se revolvió desenfundando su arma de reglamento mientras Talbot gritaba:

—¡La linterna es el teledetonante!

El mariscal Agares desenfundó su propia pistola y con ella apuntó a la cabeza del general Udo.

—¡Quieto o le mato!

El general Udo se revolvió con su arma y el mariscal Agares disparó contra su cabeza, fragmentándola. Talbot soltó a su presa y el cadáver

del general Udo se desplomó al suelo.

El mariscal miró con dureza al ingeniero Talbot y silabeó:

—Si se ha equivocado, lo hago desintegrar.

Ulises Borj entregó la linterna a Talbot. Este volvió a abrirla y señaló:

—Miren, no es una linterna vulgar. Si se gira noventa grados este resorte, sirve de detonante. Si quieren que comprobemos si es el detonante o no…

—No, no —dijo el mariscal Agares, atragantándosele la nuez.

Ulises Borj preguntó:

—¿Puedes desactivar este detonante para que no haya riesgo, Talbot?

—Sí, me llevará tiempo pero lo haré.

—Hágalo inmediatamente. Mientras, los hombres del GEO capturarán a los traidores que se habían puesto de parte de los invasores.

En la sala de comandancia general, Ulises Borj expuso un plan:

—La base de los invasores está en Islandia, camuflada sobre los géyseres. Hay que arrasar la isla, calcinarla hasta sus últimas consecuencias. Ha de ser una acción rápida y por sorpresa, sin darles tiempo a cambiar de posición. Si elevan el vuelo y traspasan el manto negro, los perderemos.

Milicianos y políticos hicieron comentarios entre ellos mientras Ulises Borj aguardaba su decisión. Al fin, se pusieron de acuerdo y el mariscal Agares, en nombre del consejo superior de la comandancia general de la Confederación Terrícola, dijo:

—Mayor Borj, acaba usted de ser ascendido a general ejecutivo. Tome el mando directo de toda la operación.

Dos horas más tarde, cuando ya el capitán Shorenson y sus adeptos se hallaban a buen recaudo, en celdas aisladas tras haber confesado algunos de ellos su participación en el sabotaje frustrado, se abrieron las grandes puertas de la base miliciana y los bombarderos, cargados con las más poderosas bombas termonucleares de hidrógeno,

fabricadas por la tecnología terrícola, comenzaron a salir. Las naves Scorpio-111 les servirían de escolta.

El general Ulises Borj fue el primero en alzar el vuelo. Todos le siguieron hacia lo alto para cruzar el manto negro que envolvía al planeta.

Todas las naves salieron fuera de él yendo en busca de su objetivo por detrás de la capa asesina. De esta forma no eran captados por ningún radar o sensor hasta que llegaron al área de Islandia.

—Atención, atención, os habla el general U.B., os habla el general U.B. Volamos sobre objetivo, caída en picado y bombardeo total. ¡Suerte!

Los grandes bombarderos, dando fuerza a sus motores, volvieron a traspasar el manto negro, esta vez en dirección a la Tierra.

Llegaron a la atmósfera de forma sorpresiva para los invasores que, nada más advertir su presencia, remontaron el vuelo con sus naves de gran velocidad y maniobrabilidad.

Las potentísimas bombas cayeron sobre Islandia, y pronto la isla se convirtió en un infierno blanco.

Tres de las naves invasoras trataron de escapar zarandeadas por la oleada térmica pero las naves Scorpio salieron en su persecución disparándoles sin cesar.

Se entabló un duelo aéreo mientras todo lo que había en Islandia se fundía. Las rocas se pulverizaron y por debajo de la tierra, las rocas se transformaban en lava ígnea.

El océano hervía en derredor, corno si de pronto hubiera caído el mismísimo sol sobre la isla.

Una de las naves invasoras consiguió traspasar el manto negro. Ulises Borj salió en su persecución sin dejar de dispararle con sus cañones láser y, de pronto, la nave giró sobre sí misma y se sumergió en el manto negro.

Estalló, produciendo una luz morada intensísima.

El manto negro se rasgó y como si aquella luz extraña absorbiera el carbono pulverizado, se produjo un extraño fenómeno.

Todo el manto se inflamó como si fuera pólvora a la que acabaran de aplicar la llama de una cerilla y todo el planeta semejó arder con una luz morada y muy intensa.

Ulises Borj contempló el fenómeno desde el espacio exterior, sin saber cómo terminaría aquello hasta que la densa capa de humo en que se había transformado el manto negro comenzó a alejarse del planeta y a dispersarse por el cosmos.

Una sonrisa apareció en la boca del joven general Ulises Borj.

La Tierra volvía a ser el planeta azul y el sol brillaba en todo su esplendor. Los hielos desaparecerían, fundidos por los rayos del poderoso sol, mientras Islandia completa desaparecía bajo las aguas del océano que hervía en un área de varios cientos de kilómetros alrededor de donde estuvieran los invasores que habían sido aniquilados sin poder conseguir su objetivo de invasión.

—¡Atención, atención, hablo a todo el planeta! ¡Atención, soy el general Ulises Borj, atención, el planeta vuelve a ser azul!

Abajo, en la base miliciana astronáutica todo eran gritos de júbilo.

Gloria temblaba de emoción esperando el regreso de Ulises mientras los hombres del grupo especial de operaciones buscaban todas las cargas saboteadoras y Genives decía:

—Quiero regresar a mi cabaña y me gustaría volver a tener perros.

El mariscal Agares, conocedor de la decisiva importancia que había tenido la extraña mujer en el descubrimiento de los invasores, prometió:

—Yo mismo me ocuparé de que usted tenga los mejores perros que haya en el planeta. ¿Cuántos quiere?

—Doce me parecen bien.

—Descuide, le regalaremos cien y con comida suficiente para que no sufra por ellos el resto de su vida.

Toda la civilización terrícola alzó sus ojos al cielo. Unos vieron el sol, otros la luna y los demás las estrellas. La Tierra había escapado a la muerte helada.

FIN